

•1•

Todo se va a la mierda. Cien años de guerra contra los Demonios son demasiados. ¿Qué esperaban esos maricones de la ciudad? Ellos están a salvo en sus casas. Comiendo y bebiendo como marranos. Y mientras, a nosotros nos masacran en el frente. Ellos hacen fiestas y hasta se depilan. Nosotros comemos carne podrida. Les odio. Odio Sdtadtz y a todos sus habitantes metrosexuales y débiles. No tienen ni puta idea de lo que pasa aquí. He visto cómo los Demonios nos echaban a patadas de nuestras posiciones. Sueño con esas lanzas espantosas trinchanto carne humana. Emergiendo brillantes y destripadoras en mitad de la noche. Sé qué hay más allá de la muerte, al otro lado de la vida: intestinos, intestinos y más intestinos. Eso es lo que queda de nosotros cuando los batallones de Demonios saltan sobre las empalizadas y nos levantan del suelo a lanzazos. Cuando el fuego del daagoon se lleva cien vidas con una sola de sus llamaradas. Llevo tanto en el frente que cuando veo los vientres de las putas que de vez en cuando nos mandan al cuartel sólo veo intestinos y no mujeres.

¿Qué valor puede dársele a la vida cuando una verdad tan clara e inamovible preside cada uno de mis días? Sólo somos intestinos. Intestinos pensantes.

Es patético. Sé muy bien que los viejos Genios de Ü venden la burra a los ignorantes de Sdtadtz diciéndoles que volveremos a con-

quistar Volgod. Es patético, repito. Es de borrachos creer que vamos a recuperar Volgod largando de allí a los Demonios. Hijos de puta carniceros. Hijos de puta.

Hace años que un hombre no pisa Volgod. Estuve allí el día de la caída y del subsiguiente exterminio. Cuando era niño. A veces me resulta difícil creer que fui niño. También Sdtadtz está condenada. ¿Qué harán todos esos finolis de Sdtadtz cuando vean llegar las columnas de Demonios? Me descojono sólo de imaginar sus caras.

Puñal de Ü. Así es como me llaman. Miro mis manos. Sirven para matar y poco más, camarada. Llevo una vida entera en el frente. Creo que es más de lo que uno puede soportar sin volverse loco. Estoy loco, lo sé. Estoy loco.

¿Podré vivir algún día como una persona normal? ¿Alguna vez fui una persona normal? Me temo que no. Apenas llegué a tener un hogar. No hay juguetes en mi memoria. Demasiado tiempo en la carnicería cósmica. En la carnicería diaria. Donde te acuestas y te levantas oliendo a muerte. A fría muerte, barata y podrida.

Llevamos cien años de guerra con los Demonios y sólo animales como yo hemos sido capaces de librar a los humanos del exterminio. Animales como yo, Vervoék, último Puñal de Ü.

•2•

Vervoék recibió el mensaje en los primeros días de invierno. En ese tiempo el ejército humano había sufrido una derrota irreparable: la pérdida de la Meseta Oeste. Durante la última década, hombres y Demonios habían chocado a diario en esta frontera de vísceras. Estación tras estación los seres de carne se acuchillaban hasta hacerse paté. Pero nunca la cosa había pintado tan mal como hoy. Hoy el frente quedaba a sólo dos semanas de camino de Sdtadtz. Sólo dos semanas de marcha separaban a los Demonios de la capital humana. Y pese a lo evidente de la tragedia, nadie podía ni siquiera imaginar al enemigo ante las murallas del corazón del viejo imperio. La derrota definitiva. La extinción de la especie.

Eso no podía, no debía suceder.

Vervoék recibió el mensaje poco antes de que comenzara el invierno, decíamos. El frío de la llanura ya apretaba en aquel amanecer gris. El cielo se obstinaba en una opacidad encapotada que no remitiría hasta el fin de los nueve meses que duraba la estación de las nieves. Una soldado repartía mendrugos a los combatientes. Con eso deberían pasar el día. Los grupos de suministro armaban jaulas de daagoon y cargaban flechas y mendrugos en carretillas para abastecer el frente, más allá de las colinas. Los que despertaban del sueño a la intemperie se ajustaban los morriones —se habían habituado a dormir con ellos puestos— y se incorporaban con la ayuda de sus picas.

El mensajero de los Genios de Ü llegó al campamento en uno de esos grandes carros tirados por cerdos gigantes. Cada día llegaban decenas de estos transportes cargando nuevos soldados que se unían a la carnicería diaria. El funcionario, recién venido de la ciudad, temblaba de frío y miraba en todas direcciones entre curioso y horrorizado. Vervoék conocía bien la escena. Todas las personas bienintencionadas y limpias que llegaban de Sdtatz la repetían sin variación. Nadie sabe lo que es el frente hasta que se mete en la mierda que lo compone.

Los soldados, con rostros color ceniza y mirada de colilla apagada, atendían al paso del enviado del Gobierno con desprecio. Los tonos alegres de su vestimenta palaciega estaban allí tan fuera de lugar como un pene erecto en mitad de una tarta de cumpleaños.

Se acercó a Vervoék con aire reverencial, algo descompuesto por el frío, y le dijo:

—Es un sueño para mí presentarme ante el gran Puñal de Ü, depositario del poder de Ü.

El gran Puñal de Ü, depositario del poder de Ü, estaba hasta los huevos de esos tratamientos serviles y bajunos que imponía la corte.

—¿Está muy lejos la línea de batalla? —preguntó el emisario al comprobar que Vervoék no respondía a su fórmula.

—No —dijo el Puñal con los ojos azules todavía puestos en la lejanía mortecina—. A dos kilómetros. Hoy habrá baile allí. Todos los días lo hay. Pero bueno. En este campamento estás a salvo.

Los de suministro ponían cubos llenos de agua en las carretas. Aun de buena mañana sudaban bajo los uniformes. La carga se les hacía pesada. Luego avanzaban con las cabezas gachas por un camino que desaparecía en lo alto de la loma. Más allá les aguardaba la primera línea de fuego.

—Yo... quisiera saber... es una curiosidad que tiene mi hijo... y me pidió que se lo preguntara... —dijo el enviado siguiendo con la mirada la marcha de los soldados— ¿Cuántos Demonios ha matado con su espada?

Vervoék sonrió. Unas arrugas minúsculas envejecieron su mirada azul de cánido:

—Por cada Demonio que he matado han venido dos más a sustituirle, así que ¿qué más da? Estamos perdiendo la guerra. Cien años resistiendo... es cansado.

Esas palabras sentaron como un tiro a su interlocutor. ¡Vervoék, el legendario Vervoék, daba la guerra por perdida! El heraldo llevaba años soñando con conocer al último Puñal de Ü en persona. A la bestia más salvaje del campo de batalla. ¡Un símbolo! Cada noche en los cafés-concierto de Sdtadtz se relataban hasta el hartazgo episodios legendarios de su vida. Los niños de las aldeas dormían más tranquilos si sus madres les hablaban del destructor de Demonios antes de acostarlos. ¿Y qué se encontraba ahora que por fin veía cumplido su sueño? Con la confirmación de todos los rumores que agusanaban la vida cortesana de Sdtadtz: que las cosas iban mal para los humanos. No mal, fatal. Espantosamente de pena. No podía ser de otro modo si el mismísimo Vervoék lo afirmaba con esa resignación de soldado veterano.

En esos días el frente estaba todavía lejos de la ciudad y las noticias llegaban allí deformes como buñuelos. Pero todo el mundo se daba cuenta de que cosas como el tabaco, el vino o el coñac eran cada vez más caras y difíciles de conseguir. Los restaurantes echaban la persiana y en el campo sólo quedaban los viejos para arar la tierra, porque los jóvenes estaban muertos o combatiendo. Para acabar de joderlo todo, el invierno era inminente y la crisis alimentaria no tardaría en hacer estragos, especialmente en las zonas rurales.

—Traes un mensaje para mí —dijo Vervoék.

—S... sí. Los Genios de Ü quieren que le diga: suplicamos a Vervoék que vuelva a la ciudad.

El Puñal le clavó una mirada durísima:

—¿A la ciudad? ¿Y qué pinto yo en la ciudad?

—No... no lo sé —respondió el tipo—. En mi papel de mensajero sólo me atrevo a resaltar el carácter urgente y gravísimo de la llamada.

•3•

La ciudad. Estar entre humanos apacibles. Entre seres sociales que quieren a sus semejantes. Que conviven unos con otros. Que tienen maridos, mujeres. Padres, madres, hijos. Seres que aman. Calles atestadas de gente que compra. De gente que interactúa. Que intercambia emotividad.

La sola perspectiva de estar entre ellos me hace enfermar. Intenta comprenderme. Cuando tus años han transcurrido entre intestinos la vida civilizada te da la espalda. Las personas normales que nunca han hecho cola ante la muerte te miran con desconfianza, incomprensión y miedo. El veterano es un inadaptado. Un ser que en tiempos de paz se vuelve inquieto, paranoico. Infeliz. Fuera de lugar. Emocionalmente fuera de lugar. Intestinos al amanecer. Intestinos todo el tiempo. Esa es mi vida.

Una vez me capturaron los Demonios. Me dejaron yo no sé cuántas horas atado y con la cabeza metida en las entrañas de mi amigo abierto en canal. ¿Puede alguien amar y fundar una familia después de unas vacaciones en las tripas de su camarada?

No.

Por eso la ciudad me pasa factura. El veterano no sabe vivir la paz. La guerra nos somete a tensiones tan inconcebibles que cualquier otro modo de vida nos expulsa con asco. Somos monstruos, basura, el recordatorio de que todo va mal más allá de vuestra chimenea y del calor del hogar. Nadie quiere saber que hay lugares donde los niños son degollados y quemados a decenas en rigurosa fila india. Yo lo vi en Volgod, siendo un crío de diez años. Yo lo vi y algún día lo contaré todo si alguien me pregunta.

Así es la vida. Siempre viviré atrapado en este infierno. Hasta en la última noche de mi vida despertaré gritando, creyendo que un avispero de lanzas de Demonios me trocea.

•4•

Una lección de historia apócrifa

La guerra entre hombres y Demonios estalló hace cien años. Durante siete siglos ambos mundos habían convivido. En esa paz añorada —hoy imposible— la vida discurrió sin tensiones merecedoras de novela.

Al oeste los Demonios. Al este los hombres.

Pero la paz se quebró. La razón ya no es importante. Ha quedado demasiado lejos como para perder el tiempo debatiéndola, analizándola, dándole la vuelta o mareándola. Esas mamonadas se las dejamos a los profesores universitarios de Sdtadtz.

Ya nadie piensa en eso cuando suenan los tambores que le ponen ritmo a la carnicería cotidiana. En esos momentos dramáticos, catárticos, consagrados a la santa patrona Locura, sólo cuenta vivir. Vivir, vivir, vivir. No hay una fuerza más poderosa que esa. Tal vez sólo una: matar, matar, matar. Y eso es lo que hombres y Demonios han hecho por cien años en el centro de su mundo. En su cataclismo cotidiano. Invierno tras invierno las sangres enemigas se han hermanado sobre la nieve. La muerte a todos los vuelve iguales: cromos repes en una colección de montones putrefactos que, más veces de las que puedas imaginar, se pudren al aire libre sin loco que los entierre.

Pero hasta la matanza sabe evolucionar. Y la balanza se ha decantado a lo largo de las últimas décadas del lado de los Demonios. Primero cayó Volgod. Nunca antes una ciudad humana había sido tomada por el enemigo. Decenas de miles de personas fueron exterminadas con racionalidad tras la caída. Sucintamente exterminadas. Sin entrar mucho en detalles, diré que se metía

a decenas de personas en una misma celda sin luz y que se las abandonaba en su encierro hasta que morían de hambre. Esa es una de las muchísimas historias que se cuentan sobre el horror de Volgod.

Año tras año, los Demonios lograron desplazar el frente hacia el este hostigando a los hombres. En el número residía su fuerza. Los Demonios nacen mucho y crecen rápido. En cambio, el expolio de juventud de las zonas rurales humanas amenazaba con un colapso económico inminente. Las levas habían llegado a tal punto de dramatismo que los funcionarios no dudaban en reclutar ancianos y niños. Chicos imberbes que un día estaban jugando a fútbol en su aldea y al otro les ponían a enterrar o quemar muertos —cuando la tierra no admitía más fiambres en su seno y el pestazo no dejaba dormir a los vivos.

Y aun así, tras un siglo de masacre lejana, acostumbrados a la guerra como al sonido de la lluvia al otro lado del cristal, los acomodados ciudadanos de Sdtadtz no concebían que el enemigo pudiera conquistar la Meseta Oeste y hacer huir en espantada a las esquilmas fuerzas humanas. Pero seamos sinceros. En realidad todos sabían que los Demonios no tenían más que lanzar una ofensiva especialmente agresiva para desmontar las defensas de los hombres. Tras las picas temblorosas sólo quedaban chicos famélicos, enflaquecidos y psicológicamente desmoronados. Almas irrecuperables.

Tan negro se había puesto el asunto que ya sólo dos semanas de camino separaban al invasor de Sdtadtz. Y si Sdtadtz caía... no. Eso no podía suceder. Un desenlace así no puede fugarse del territorio de la pesadilla.

•5•

Tuve miedo cuando los Genios de Ü me comunicaron que había sido elegido para una misión tan importante y de éxito tan improbable.

Me pregunto si mis enemigos se alegraron ante la perspectiva de librarse de mí o si, al contrario, les consumió la envidia.

Porque confieso que el anuncio me llenó también de vanidad. Una vanidad, digamos, asustada. Sobre todo cuando fui informado de que el legendario Vervoék, último Puñal de Ü, había dejado el frente y venía a la ciudad para unirse a mí en el viaje. Yo partiendo al Norte en compañía del guerrero que más páginas había llenado con los milagrosos, sanguinarios episodios de su vida. Para mí aquello era un sueño venido en realidad. Incluso en un momento tan duro e inestable como el que vivía el Gobierno de Sdtadtz en aquellos tiempos de pesadilla.

Entonces yo tenía 30 años. Llevaba diez en el cuerpo diplomático del imperio. Sin excepción, todos los compañeros y/o rivales con los que competía por ascender en la Administración procedían de familias perpetuadas en el poder desde hacía siglos. Tal vez desde los tiempos del primer Ü. Mi clan, en cambio, apenas llevaba una generación en la cúpula del imperio humano. Mi padre llegó a la ciudad siendo un adolescente. Luchó junto a mi madre hasta lo sobrehumano por progresar, y fue así como consiguió ser ministro en varias ocasiones, hasta que la enfermedad le obligó recientemente a retirarse de la vida pública.

A él le debo todo lo que soy. A él que en esos días se iba consumiendo por la enfermedad naranja igual que se consumía todo nuestro mundo, nuestra sociedad, nuestra economía, nuestra cultura, nuestras maltrechas fronteras.

¿Y por qué me eligieron los Genios de Ü para la misión?

Nunca lo supe. Deduzco que por mi juventud; por mi condición física —allá adonde íbamos llevar espada constituía la diferencia entre vivir y morir—; por mi capacidad de adaptación... y, bueno, en definitiva porque era capaz de caerle bien al mismo Diablo y de convencerle de que cambiara el tridente por un matasuegras. Ese era mi trabajo.

Tal vez sueño pretencioso, pero a fin de cuentas a eso me dedicaba y los Genios de Ü decidieron utilizarme para poco menos que salvar el mundo.

Desde el principio supe que los ocho ancianos querían que yo fuese la palabra y Vervoék la fuerza.

Todo el mundo hablaba de él y de sus carnicerías épicas. Existía una nutrida mitología apócrifa alrededor de este guerrero o soldado o héroe. Una panoplia de historias y folletines que llegaban a lo más inverosímil. La más increíble de todas, y también mi preferida, era aquella que refería su nacimiento en la llorada ciudad de Volgod, hoy en manos de los Demonios, y el modo en que escapó del exterminio siendo sólo un niño. Sobrevivió donde decenas de miles murieron. ¿Cómo no iba a estar destinado a convertirse en héroe legendario para todos nosotros, tranquilos urbanitas que temblábamos sólo con escuchar la palabra guerra?

Recuerdo que la tarde en que me dieron la noticia comenzaba a intuirse el invierno en las empedradas calles de Sdtadtz. Invierno que no se iría hasta dentro de nueve meses. Recuerdo también que tuve miedo. Un miedo inevitable y comprensible. Creo. No temía tanto por mí como por mi familia. Mi padre se apagaba en aquellos días por culpa de la enfermedad naranja y por tanto mi madre iba a quedarse sola en aquella casa tan grande. Semejante perspectiva me llenaba de angustia. Abandonar a los míos en un momento tan difícil. El país exigía de mí un grave sacrificio. Pero, por supuesto, lo acepté.

También me horrorizaba separarme de Olovka, mi esposa, con la que entonces llevaba dos años casado. Dejar nuestro hogar, una espaciosa pieza en el centro de Sdtadtz... se me antojaba como abandonar mi vida entera. ¿Y si para cuando regresara las cosas habían cambiado? ¿Y si yo moría en algún rincón anónimo del Norte a lo largo del viaje? ¿Y si los Demonios llegaban a Sdtadtz? ¿Correría mi familia la misma suerte que las víctimas del exterminio de Volgod?

Imaginar Sdtadtz en llamas... no pude soportar la visión. Esa tarde desdibujada estaba solo en casa. Tuve que salir al balcón asfixiado por un ataque de ansiedad. Los cinco grados bajo cero del exterior me devolvieron un poco la cordura.

Vi entonces a Olovka que cruzaba la calle. El frío le hacía avanzar a pasos rápidos. Sus pies resonaban en el empedrado oscuro. Cubría su cabeza dorada con el gorro que yo le regalé por su cumpleaños. La larga capa negra, cerrada por un broche dorado, ocultaba su figura juvenil. Los guantes negros de terciopelo oscilaban al ritmo de su gracioso caminar. A lo lejos se perdían los tejados

triangulares y alargados de Sdtadtz. Las chimeneas echaban su humo al cielo opaco y gris.

Al verme en el balcón saludó con la mano y me gritó:

—¿Qué haces ahí fuera, loco? Tè vas a congelar. Métete dentro.

—¿Y de dónde vienes tú? —le pregunté.

Su cara blanca me respondió con una sonrisa made in el cielo. Entró en nuestro patio. Suspiré angustiado. Ella no sabía aún la dura prueba que la vida nos imponía. Escuché sus pasos luminosos por las escaleras. Mi querida Olovka venía, sin saberlo todavía, camino de la desagradable noticia. Yo no quería dejarte, cariño. Yo quisiera haber permanecido contigo en esos meses de locura. No tuve elección. La puerta de casa se abrió y apareció ella con sus ojos azules titilando mientras se quitaba el gorro y los guantes.

—¿Pasa algo, cariño? —dijo— ¿Por qué me miras así?

La vida matrimonial, tal como entonces la conocíamos, era ya pasado. La guerra se había metido en nuestra cama.

•6•

Recorro muchos kilómetros en un carro tirado por cerdos gigantes. El carro mide dos metros de ancho y tal vez veinte de largo. Voy con unos soldados que van de permiso a sus aldeas. Están felices, pero sobre todo inquietos. La vida en el frente les ha trastornado y no saben si podrán abrazar a sus novios y novias sin creer ver lanzas brillantes en la oscuridad. Conversan sobre el tema, desorientados y expectantes. Son muy jóvenes. Algunos tienen quince años tal vez. Todos son rubios y tienen ojos azules. Nunca sueltan sus picas. Perder el arma se paga con *el clavo*, una modalidad de ejecución que consiste en incrustar en la nuca del condenado un clavo de diez centímetros.

El cielo sigue opaco y gris hasta el horizonte. Es la calma que precede a las primeras nevadas. Atravesamos el llano verde de tierra negra. Los chicos miran primero mi espada y luego a mí. Les sonrío. Soy el único del convoy que lleva espada. A pocos se nos permite.

Creo que me han reconocido porque ahora hablan con más comedimiento y timidez. Hay cuchicheos al otro extremo del carro.

De trecho en trecho nos encontramos con familias de refugiados que han tenido que abandonar sus casas en las aldeas de la meseta. Avanzan a pie por la carretera con expresiones desoladas. Los Demonios no hacen prisioneros militares ni civiles. Nosotros tampoco. Un hombre camina agarrando un asno por la brida. En este monta su mujer. El animal va también cargado de sacos en un equilibrio imposible. Me pregunto si tendrán hijos y dónde estarán. Espero que lleven comida. Comida es precisamente lo más difícil de encontrar si eres un campesino refugiado.

Nos detenemos en una aldea abandonada. Allí se han reunido varios grupos de desplazados que lloran su suerte. Se sienten desgraciados. Yo sé que esa desgracia no tardará en ser colectiva. Muchos miles de personas se les unirán pronto solidariamente. Ciudades enteras.

Un oficial abre la portezuela del carro.

—Bajad. El cerdo necesita descansar. Tenéis veinte minutos para comer.

Los soldados se apean en silencio. Sacan sus mendrugos y cantimploras.

—¿A qué cerdo se referirá? —escucho que dice uno— ¿Al que tira del carro o al que lleva el uniforme?

Risas quedas. Un comentario así en el oído equivocado les podría costar la vida justo ahora que vuelven a casa por unos días.

Desuncen al puerco de negra piel. El gorrino se echa al suelo con sus buenos tres metros de alto y emite un gruñido de satisfacción porcina.

Me doy una vuelta por ahí. Hemos parado en una aldea abandonada donde refugiados y soldados se detienen para descansar. Observo a la gente que me rodea. A todos, militares o civiles, se les ve verdaderamente jodidos. Miran mi espada y luego a mí. Creo que mi presencia les tranquiliza y alguno hasta murmura mi nombre.

Hay un grupo que me llama mucho la atención. Un muchacho habla a seis niños sentados a su alrededor en corro. Me pregunto por qué no habrá sido reclutado todavía, pues está en la edad. Luego reparo en que no tiene piernas.

Los pequeños, todos rubicundos y de pupila azul, le escuchan boquiabiertos. Sus bocas asombradas y puras me recuerdan que debemos detener a los Demonios. Mi obligación es morir por un mundo en el que esos niños puedan crecer. Para algo soy Puñal de Ü. ¿Pero es todavía posible ese mundo? Miro al este, hacia Sdtadtz. Se levanta un viento frío que agita mi capa. Sé qué harán los Demonios con estos niños si les cogen. Sé qué harán.

Agito la cabeza para apartar un vomito de pensamientos, imágenes atravesadas.

El chico mutilado habla con pasión. Tiene el don del relato. De hacer creer a los demás en aquello que dice. Pienso que así, sin piernas y armado de labios, puede ser tan útil como diez soldados o un daagoon.

•7•

Relato del chico sin piernas

Antes de los hombres y de los Demonios hubo otros que fueron reyes de la tierra. Pero desaparecieron hace 800 años. Eran bípedos hermosísimos con constelaciones en los ojos. Homínidos minúsculos y suaves que vaciaban las montañas y construían ciudades secretas con calles de diamante. Lagartos hiperbólicos que volaban y lanzaban fuego por la boca. Aún podéis verlos pintados en las paredes de los viejos santuarios. De ruinas preteritas está lleno el mundo. ¿Veis ese montículo, chavales? ¿Allá a la derecha de los árboles? Allá hubo una torre levantada por los Antiguos. Hoy sólo quedan esas cuatro piedras. Pero hace muchos siglos fue una construcción portentosa que dominaba el llano. Mirad. Aquí guardado tengo un hueso de Antiguo. ¿Veis que dedo tan enorme? Perteneció a un gigante. Lo encontré en una cantera de las Montañas Lunares. Había muchos más allí. Decenas de esqueletos antropomórficos. Grandes como cerdos gigantes.

Pero ya no existen. Se fueron. Ü les venció. Ü, el Mago. El hombre o la mujer cuyos descendientes de sangre pura nos protegen con su energía. Ü que habita en la ventana más alta de la Torre de Sdtadtz y desde allí envía su poder contra los Demonios. Él nos protege. No debemos tener miedo, chavales. Ü nos salvará.

•8•

Los días previos a la partida fueron febriles. La actitud de los Genios de Ü sólo contribuyó a incrementar mi zozobra: sospechas, sospechas. Sólo eran capaces de hablar de sospechas e indicios. ¿Qué estaba sucediendo en el Norte? ¿Se confirmarían nuestros peores temores? Nuestra tarea era averiguarlo.

Todos estábamos firmemente convencidos de que, en más de un sentido, mi mundo, nuestro mundo, dependía de aquella misión.

Por eso las cuatro semanas que precedieron a la llegada del legendario Vervoék las invertí en prepararme físicamente. Me sometí a interminables caminatas de cuarenta y cincuenta kilómetros diarios. Nadé desnudo en lagos semihelados. Refresqué la agilidad de mi esgrima (como alto diplomático me correspondía el honor de utilizar la espada). Quemé mis horas en el gimnasio. Practiqué defensa personal. Reduje mis raciones de alimento hasta el extremo de pasar un hambre atroz (más tarde esto llegó a salvarme la vida allá en el Norte). Memorice toda suerte de mapas y rutas. Por supuesto aproveché la excelente biblioteca de mi padre para empapar me de historia y geografía. Lo suficiente como para asumir que, inapelablemente, el Norte era un territorio salvaje donde los del Sur éramos objeto de un odio profundo. Tal circunstancia me deprimió, pero me obligué luego a confiar en mi capacidad para el diálogo. Según los Genios de Ü, de ella dependía nuestro futuro.

El Norte. En Sdatdtz nadie podía imaginar entonces lo que allí sucedía.

—Te echaré de menos —dijo Olovka acariciándome el pecho. Jugando con el vello que lo cubría.

Estábamos en la cama. La chimenea proyectaba la única luz que sobrevivía en nuestro hogar.

Miré a mi esposa. Su cabello dorado se desparramaba por la almohada. Muchos sostenían que era la muchacha más bella de la ciudad, lo que era como decir de la humanidad. Lo mío me costó conquistarla. Años. Años de persecución tranquila. Así es como conseguía todo lo que me proponía. Despacio, con paciencia. Como la nieve que nunca deja de caer. Como la nieve que obstruye las calles una y otra vez por mucho que los funcionarios la retiren a palazos. Y siempre sale vencedora.

—¿Estoy guapa esta noche?

—Siempre estás guapa. Eres guapa, lo que equivale a decir que estás guapa siempre.

—Tú no eres guapo. Pero tienes unos ojos tan tiernos. Y tan marrones. Son raros los ojos marrones.

—De todas maneras, cariño, ¿por qué te preocupa tanto si estás guapa o no? Te pasas el día preguntándomelo. ¿Tanto necesitas que te lo repitan?

Compuso un gesto triste. Hasta la tristeza era hermosa en ella. Me temo que había tenido una vida demasiado cómoda desde niña. Aunque pueda sorprender en una joven tan descabelladamente perfecta y hermosa, Olovka estaba llena de miedos, complejos e inseguridades. La belleza, su belleza, era el único refugio de autoestima que apreciaba en sí misma y lo cultivaba de manera desaforada, hasta la superficialidad. Necesitaba atenciones todo el tiempo. Era celosa hasta la obsesión, pero, a la vez, en ella flirtear con otros hombres se convertía en una necesidad desesperada y psiquiátrica. Yo lo toleraba hasta cierto punto porque Olovka sólo mitigaba su infelicidad viendo su hermosura reflejada en los espejos y en las insinuaciones de los otros hombres.

Yo confiaba en ella. La amaba por su sencillez. Porque se satisfacía con pequeñas cosas y reía como una niña metida en el cuerpo de una diosa.

Esa es la mujer con la que dormía la noche.

—¿Dónde fuiste esta tarde, Olovka?

—Estuve en el mercado del canal.

—¿Algo interesante?

—Nada. Cada vez hay menos. Compré flores. ¿No las has visto en la cocina? Están en el florero.

—¿En el florero?

—Sí, en el florero.



La leyenda es hermosa.

Durante milenios, el mundo perteneció a los Antiguos. Seres mágicos que se comieron con patatas su propio cuento sobre la inmortalidad. Seres de luz, de música, de perenne primavera y orejas puntiagudas. Seres que cabalgaban reptiles alados con alma y pulmones de fuego.

En aquel entonces, los hombres y sus hermanos los Demonios se agrupaban en tribus primitivas. Se trataba de seres cuasicavernícolas, aunque inteligentes. Y esa inteligencia les hizo titulares de un descubrimiento que los elevados seres de orejas puntiagudas y constelaciones en la mirada habían pasado por alto: la violencia.

Durante siglos, las razas de animales inteligentes que convenimos en llamar humanos y Demonios trataron de destruir, por razón de algún instinto no explicado, la pureza de las ciudades Antiguas, la gracia de sus torres solares, los mundos subterráneos de los duendes. Pero su propio embrutecimiento y subnormalidad les hacían fracasar una y otra vez. Sus intenciones destructivas jamás lograron pasar del nivel de una bromilla.

Los seres perfectos, dicen, trataban al animal llamado hombre con la benignidad que una madre pone en el hijo que rompe un plato cuando quisiera partir el mundo en dos.

Y así habrían seguido las cosas hasta el fin de las cosas de no haber nacido Ü.

Û fue un hombre o una mujer dotado de una sensibilidad demoníaca capaz de percibir la fuerza que mueve el universo y que hace girar el mundo. Esta sensibilidad le convertía en dueño de un poder infinito que fue bautizado como *magia*. Y a Û le bautizaron como *mago*.

Gracias a esta mutación aberrante y desproporcionada, obra de la naturaleza y de la causalidad aleatoria, todo el mundo de los Antiguos fue aniquilado. Ciudades, bibliotecas, templos, carreteras, puertos, idiomas, palabras, recuerdos, leyendas, religiones, sistemas filosóficos, amores, recetas de cocina, trucos para pasar de pantalla se consumieron en la bola flamígera del poder de Û. Y fue así como los hombres y los Demonios se encontraron con la hegemonía del mundo y se lo repartieron como malos hermanos.

Sucedió hace 800 años, 700 de los cuales transcurrieron en razonable paz. Hace por tanto ocho siglos que el mago/a original murió. Pero su poder, transmitido de generación en generación, gracias a la pureza de la sangre, protege al imperio.

Qué paradoja. Qué broma del Demiurgo. Vaya una putada: el cuerpo mortal que tuvo en sus carnes toda la fuerza de la creación, capaz de destruir culturas y civilizaciones, no era más que eso: mortal. Mortal y corruptible como cualquier cosa que se mueve y llora.

•10•

Mis padres vivían a unas manzanas de nosotros. Pocos días antes de la partida —recuerdo que ya había empezado a nevar— les hice una dramática visita.

Frška, la criada de toda la vida, me abrió la puerta.

—¿Cómo está mi padre? —le pregunté.

Bajó la cabeza con gesto inequívoco:

—Esta noche se ahogaba —respondió—. Esto se acaba, señor. Esto se acaba. El médico dice que es cosa de semanas.

No acierto a describir la amargura y el sentimiento de culpa que me agusanaron por dentro. Justo cuando más me necesitaban mis padres, les dejaba solos en una ciudad con los días contados. En un mundo sin futuro. Habían consagrado sus vidas a mí, su único hijo. Gracias a la influencia de mi padre había progresado rápidamente en el cuerpo diplomático. Y justo ahora que eran viejos, justo ahora que sus riquezas se esfumaban, justo, digo, cuando era yo quien debía empezar a cuidar de ellos, los Genios de Û me enviaban a la otra punta del mundo con un cometido del que improbablemente regresaría vivo.

Todo eso, mezclado con la angustia que me producía abandonar a mi esposa, convirtió mis últimas semanas en Sdtadtz en un infierno de reflexiones y sentimientos encontrados. Irreconciliables.

—Hola, hijo.

Le miré. La enfermedad naranja le había teñido la piel de este color. Su antes sonrosado rostro se reducía a una boca inexpresiva, a unos ojos hundidos de ojeras caídas y a unos pómulos más asociables a la muerte que a la vida. Descansaba inmóvil en su viejo sillón. La leña crepitaba en la dulce chimenea. Una manta cubría sus piernas. Sus manos parecían dos algas muertas y podridas sobre los reposabrazos. Me clavaba dos ojos brillantes. Era la muerte lo que hacía que brillaran así.

—Esta noche ha faltado poco —dijo.

Su voz escapaba de entre las cuerdas vocales como el último arroyo de un lago desecado.

Yo, por mi parte, había aprendido a mantener la compostura ante él. No le hacía ningún bien vernos tristes y desolados. Él había sido un hombre fuerte —también hábil y sutil desglosador de almas— toda su vida. Igual que mi madre. Una pareja de luchadores que llegaron del campo y se convirtieron en personajes claves de la Administración. No era justa la amarga vejez que se les venía encima.

El cadáver viviente de mi padre fue mi primer contacto real con la muerte. Lo cual, sé, no dejaba de ser un privilegio si se tiene en cuenta que en el campo y en el frente la esperanza de vida de mis compatriotas no llegaba a los treinta años y que uno de cada dos niños moría de frío, hambre, enfermedad o, como decían en las aldeas de las montañas, de invierno.

—¿Ha faltado poco, dices? —le pregunté.

—Estuve a punto de ahogarme. Tu madre me salvó.

No supe qué responder. Ante los acontecimientos graves, hasta los diplomáticos, amos de las palabras, nos quedamos sin palabras. Me senté junto a él y puse mi mano sobre el sarmiento desfondado de la suya.

—No hay nada que debas reprocharte —susurró—. Hijo mío.

Apreté su mano. Quise que supiera del calor de la piel. Del calor de la vida.

—¿Cuándo te vas? —preguntó.

—En cuanto el Puñal de Ü llegue a la ciudad.

Un silencio. Dije:

—En algunos momentos deseo que Vervoék no llegue nunca a Sdtadtz. No quiero dejaros solos. Ni a ti ni a mamá. Ni a Olovka.

—Me han dado un par de semanas. La enfermedad naranja se me lleva. Tú estarás ya viajando. Me alegro. No quiero que me veas morir. Hijo, tu madre y yo llegamos de las montañas sin nada, pero con inteligencia y rabia por sobrevivir. Cuarenta años después, nuestro Dedekær ha sido elegido para una labor diplomática que aparecerá en los libros de Historia...

—No me importa la Historia, papá. Me importa salvar las vidas de mis...

—Lo sé, lo sé. No me interrumpas, por favor. Me cuesta mucho hablar —asentí avergonzado—. Lo que quiero decirte es que soy muy feliz por tener el hijo que tengo. Sé que te culpas por irte de nuestro lado ahora. Pero no te preocupes. Tu madre siempre ha sido la mejor de los dos. Y tenemos amigos poderosos que no permitirán que le pase nada. Ni a ella ni a Olovka. Yo, por mi parte, le dejo en herencia una fortuna considerable.

Si dieran premios por contener las lágrimas con éxito, esa mañana yo hubiera sido proclamado campeón. Mi padre, me despedía de mi padre. El color naranja había tomado por completo su rostro. Ese rostro amable, inquebrantable y sonrosado sin el cual yo no entendía mi vida. Y no iba a poder apretar su mano en los momentos finales. Y no iba a poder escuchar sus últimas palabras. Mitigar sus últimos tormentos. Yo estaría perdido en algún lugar de las monta-

ñas del Norte mientras el hombre por el que había sido se extinguía sin que la naturaleza ni la filosofía me dieran ninguna explicación de por qué.

•11•

Hoy llegué a la ciudad.

Sdtadtz apenas ha cambiado. Recibe a su héroe con la vieja frialdad de siempre.

Me encasqueto la capucha. Me escondo en mi capa. Levanto la bufanda hasta la nariz. Tengo frío y no estoy seguro de que el origen de éste sea ambiental.

Atravieso el arco ojival que se alza ante la avenida. La nieve arrecia y cubre tejados y torres. A las gárgolas se les atraganta el hielo en las alturas arquitectónicas. La negra piedra de las fachadas contrasta con el cielo blanquecino y con los agudos tejados de dos caídas que se doblegan viejos bajo el peso de la nevada. La bruma celeste borra los altos pináculos de las casas más ricas. Allá en las sombrías alturas el oro de las estatuas y el colorido abigarrado de las banderas ejercen de sucedáneo del sol.

Las ventanas, pequeñas y de coloridos cristales, están cerradas. Tal vez dentro los niños juegan junto a la chimenea crepitante de leña, a salvo del invierno. Nosotros los soldados no tenemos leña. Dormimos al raso a veinte bajo cero.

En resumen, son calles limpias, perfectas, simétricas, de negra piedra y vidrio multicolor en los ventanales. En primavera los tiestos se llenan de flores. Pero la primavera está muy lejos.

En las calles hay menos vida que en tiempos mejores. No encuentro tantos tenderetes bajo las arcadas. Y no es sólo por el invierno. En las vías adoquinadas del centro me cruzo con viejas que compran dulces en los mercados callejeros, elegantes y graciosos. Parecen sacados de una casa de muñecas. Lo mismo los vendedores, rubicundos y sonrosados, que echan mano al coñac y se frotan las manos junto a la estufa de leña.

¿Me parece a mí o estas viejas llevan vestidos menos lucidos que en otro tiempo? Es la carestía de la guerra, sí. Ya llegó a la ciudad. Hasta las palomas parecen menos gordas que en días de fiesta y cerveza. Y aun así, las ancianas salen a la calle a por dulces para que sus nietos sigan creyendo que la vida es dulce. Eso me conmueve profundamente. Doy gracias porque la guerra no ha liquidado mi alma por completo. Todavía.

Suenan las notas suaves de una canción. Un hombre gordo hace girar la palanca dorada de su caja de música. Es una melodía tintineante. Como si a alguien se le estuviera cayendo todo el tiempo la calderilla. La nieve danza a su ritmo en un compás de tres por cuatro, siguiéndole el rollo. Hay parejas jóvenes que visten abrigos rojos, verdes, amarillos. Se sonríen bajo los gorros, cogidos de las manos. La risa y el aliento se les van hechos vaho. Llevo tanto en la guerra que había olvidado que existen muchachos y muchachas tan bellos. Piel tan blancas y mejillas tan sonrosadas. Cabellos pajizos que no han conocido la intemperie. Perfume. Olor a perfume. Perfume de vida. Es hermosa al fin y al cabo la vida. Tal vez por eso somos capaces de cometer las más infames miserias con tal de conservarla.

Está bien, sí. Está bien. Pronto todo terminará, hermosos jóvenes. Y toda vuestra belleza no servirá ni para limpiarse el culo.

En el centro de la ciudad se levanta la torre de Ü. No acierto a describirla con gracia. No es lo mío. Es alta, ancha, poderosa, no sé. Nuestros antepasados utilizaron para su construcción la misma sillería negra que se ve en el resto de la ciudad obstinadamente negra y dorada.

Es allí desde donde gobiernan como malamente pueden los seniles Genios de Ü. Y es allí, en el más lejano, elevado y extraviado de los balcones, donde mora el último descendiente puro de la sangre de Ü, el decadente mago o dios al que me debo. Hacia ti voy. Amén.

Olovka, qué hermosa eres. Los espejos te lo repiten como viejos verdes a lo largo y ancho de las paredes. Centro de todas las miradas de la ciudad aritmética. De la ciudad cartesiana. De la ciudad de las casitas de muñecas danzantes. Princesa en un país de espejos enamorados. Pasas horas ante el cristal mirándote. Niña, niña Olovka. Si no lo dejas estar, algún día quedarás atrapada en su lisa superficie y no podrás salir. Toda tú: cabellos rubios y corpóreos, lisos y generosos en su anchura. Tu carne blanca de niña rica. Tu carne. Carne carnosa de labios y mejillas rojas. Ojos cautivadores en su vocación azul. Ojos que ríen desbordados de naturalidad. Tu talle, tu planta divina que pone a tu puerta una cola de artistas suplicantes en busca de modelo. Tu elegancia. Como todas las niñas ricas has sido educada para ser bella hasta en tus ronquidos y en tus flatulencias. Si eres tan perfecta, ¿por qué entonces pierdes tus días delante del espejo? ¿No tienes nada mejor que hacer con tus veinticinco años?

Hoy Dedekáer, tu marido, se fue pronto. Debía reunirse de nuevo con los Genios de Û para hablar de esa horrenda expedición a Û sabe dónde. Luego tenía una reunión previsiblemente tensa en el Ministerio de Supervivencia Financiera.

Últimamente estáis muertos de angustia. ¿Por qué esos viejos espantosos y feos como la licuada diarrea de un leproso tienen que mandar a tu hombre a ese Norte perdido e inhóspito?

No sabes demasiado sobre el Norte inmenso y eso te pone peor. Poco sabes, digo, más allá de algunas leyendas como la de la Mano de Û. ¿Y es allí adonde esos camastrones de carrocería desguazada mandan a tu marido? ¿Tu dulce marido con ojos de niño asustado? Siempre se ha dicho que más allá de las Montañas Lunares habitan tribus primarias e irracionales llenas de odio hacia vosotros, los civilizados ciudadanos del Sur. Allí se hace de señalar aquel que no brilla por su pericia en el asesinato. Hay pobreza, hay hambre, hay muerte allí. El ladrón y el santo son tan parecidos que no hay juez sobrio que los distinga. Y ante todo, el mundo es feo desde su esencia en el Norte.

Además: algo ha sucedido en tu interior biológico. Algo gordo de verdad. Te regalas una sonrisa pícara. Una que muchos pagarían por ver. Te llevas la mano al vientre. Sucesión de sentimientos (impulsos eléctricos en tu cerebro). La culpabilidad da paso a la alegría. La alegría se pira y llega el deseo de justificación genética. Pero la moralidad (esa palabra que los seres corruptos utilizáis hasta gastarla) la echa a patadas y vuelve el miedo. Al final de todo siempre aguarda el miedo.

Resuelves semejante pizza de sensaciones diciéndote que vives tiempos complicados mientras levantas los hombros relucientes de perfección y te llevas, de nuevo, la mano al vientre.

¿Por qué no puede tu suave esposo quedarse contigo a los pies de la chimenea, si llegan días, pues eso, complicados? Tienes miedo, reiteras. Oh, sí. Hermosa enamorada de ti antes que de nadie más. Temes el futuro. Descubres con inquietud que cada vez es más raro encontrar vino en tu mesa. Ya nadie tiene cigarros que fumar después del coñac. Quejica vanidosa. *Fashion-victim*. Tú ni siquiera imaginas que en los arrabales familias enteras comparten un cacho de pan para todo el día.

Te levantas siempre tarde. La belleza de la mujer requiere al menos nueve horas de sueño diario. Con un ojo entreabierto has visto cómo tu marido se vestía hoy. Es atlético. Es flexible y escurridizo. Tanto en cuerpo como en inteligencia. Pero demasiado delgado. Y nunca te han gustado sus ojos. Ni aun siendo castaños, igual que su pelo. Eso le hace exótico en un mundo de pupilas azules y cabellos rubios. Pero no. Sus ojos nunca te sedujeron. Parece siempre asustado o alorado. Sabes que eso no es más que una fachada. Una expresión ensayada que empuja a sus rivales a minusvalorarle. Sabes que tu marido es inteligente y observador como una mujer. Siempre adivina tus sentimientos. Siempre interpreta correctamente tus gestos, tus miradas. Siempre te toca donde debe si la noche se anima y la chimenea no calienta lo suficiente. No hay nada de ti que se le escape... con una excepción. Pocos hombres son tan inteligentes como Dedekáer. Y sin embargo...

Estás ante el espejo cuando unos nudillos golpean furtivos la puerta de vuestro hogar. Abres y el vendaval de belleza de Koékervan se cuela con urgencia reproductiva. Penetra en tu casa tan rápido

como lo hizo en tu corazón y como lo hace en tu vagina. Es media mañana. Amantes de contrabando, os enrolláis cada tres días. Él, el otro, el tinieblo, siempre imprime sus nudillos en la puerta una hora después de que Dedekáer haya salido a salvar un país que se hunde. La casa está vacía. Afuera el mundo agoniza herido de invierno, pero en el feliz hogar de Dedekáer y Olovka se prende la flor ardiente del adulterio. $1+1=3$

Los ojos azules de Koékervan se pegan a los tuyos en un beso mortal de necesidad. Acaricias su cara varonil y perfecta de chico rico. Sois guapos y ricos y eso os eleva a las más excelsas miserias celestes.

Tú lo necesitas. Necesitas que alguien te suba la moral. Los espejos no son suficiente. Tu marido no es suficiente. Es Koékervan quien te hace sentir plena. No habrá chicos mucho más guapos que él a este lado del pijeísmo. Y estallas de autorrealización sólo con pensar que cada tres días se cuele en tu cama para truscarte. Con tantas chicas bellísimas que circulan por los salones galantes y eres tú quien ocupa sus mañanas sexuales.

Tu belleza te justifica ante el mundo. Tu belleza convierte a todos los hombres en tus esclavos. Pero tú, antes que nadie, eres la mayor esclava de tu belleza. Necesitas escucharlo:

—¿Soy hermosa? —le preguntas.

—Tanto como el deshielo en primavera —recita Koékervan recurriendo a su limitado repertorio y abrazándose a tus rodillas.

—¿De veras te parezco hermosa?

Koékervan reza para que no repitas demasiadas veces la misma pregunta, no sea que se le acaben las frases hechas. Besa tu vientre y responde de carrerilla:

—Tan hermosa que aquí dentro es hoy primavera.

Suspiras extasiada y satisfecha. Los piropos saben mejor si los pronuncia un maromo así de... así de crujidor. Revuelves sus cabellos rubios.

Hay un espejo de mano en la mesa. Te observas en él. Te miras embelesada. Enamorada de tu piel de melocotón albino. De tus pupilas imantadas de reina del invierno. También Koékervan admira tu reflejo anhelado. Alarga la mano, toma el espejo y lo besa y lo lame como si tú estuvieras dentro de él.

—¿Es eso lo que quieres hacerme? —le preguntas.

Él asiente haciendo rutilar sus ojos azules de dios metrosexual. Y las dos horas siguientes se pierden en una crisálida de insectos folladores, desnudos e inseguros que aspiran a mariposa. Dos cuerpos perfectos que se suben la moral y se justifican el uno en el otro: se me desea, luego existo.

Luego charla postcoital. Pero hoy el clima no es distendido. Tienes una noticia que dar. Y vaya papelón:

—Estoy embarazada.

Él deja de ejecutar cariños gélidos en tu nuca. Secciones de tu cuerpo aún presentan las manchas rosáceas que deja en la piel la ejecución del acto sexual.

—¿Dices? —responde desconcertado.

—Es tuyo.

Sueltas una sub-risa superficial.

—Eso no puedes saberlo —dice él.

—Con Dedekáer utilizo siempre protección. Quería quedarme embarazada de ti. Quiero asegurarme de que mi hijo será guapo. Como tú.

—Tu marido no es tan feo. Es normal. A mí me gusta.

—¿Más que yo? —protestas celosa.

—Claro que no. Si no, me lo montaría con él.

Te ríes pícara agitando las sábanas:

—¡Ay, si mis padres me vieran teniendo estas conversaciones!

—Bueno, Olovka. Estás embarazada. ¿Qué vas a hacer?

Le besas el pezón fingiendo que reflexionas.

—Mmmm —chupeteas su tetilla—. Le diré que el niño es suyo, claro.

—¿Cómo sabes que será un niño?

—Lo sé —refunfuñas. Escenificas gravedad—. Será un niño que apreciará la belleza de su madre. Una niña... ¿te imaginas? Yo haciéndome cada día más vieja y ella cada día más guapa... no podría soportarlo.

—Bueno, si hubieras tenido el hijo con tu marido, a lo mejor hubiera tenido su inteligencia y tu belleza.

—Ya. ¿Pero y si sucediera al revés?

—¡Ja-ja-ja! —estalla mientras te acaricia la teta blanca y pecososa— ¡Es verdad!

De pronto te pones triste.

—¿Qué te pasa? —te pregunta.

—No quiero que Dedekáer se vaya.

—Vendré a consolarte cada tres días —dice Koérkevan.

Le das un sopapo, de nuevo risueña y ligera.

—¿Quieres que te haga otro? —pregunta él.

—¿Otro qué?

—¡Otro hijo!

Os apretáis hombre contra mujer. Carne y perfección contra carne y perfección. Las legiones del deseo ya desfilan por vuestros cuerpos.

—¡Au! —gritas dolorida— ¡Los hijos no se hacen por ahí!

•13•

La Torre de Ü dominaba la ciudad con su silueta lejana y misteriosa. La niebla borraba su cumbre afilada. Nunca perdería su aire indeterminado aquella construcción, hogar del protector de los hombres. Porque sólo arriba, allá donde a las palomas les da el vértigo, habitaba Ü, el último, de momento, descendiente y mantenedor de la sangre pura del mago original.

Nadie podía verle. Nadie podía estar en su presencia. Nadie aparte de los desvincijados Genios de Ü. Ni siquiera Vervoék, con su condición de Puñal, le había visto jamás. Él, que había consagrado su vida, en toda su miseria, a ser ejecutor carnal y violento de la voluntad del Todopoderoso.

En esas alturas urbanísticas habían vivido y vivirían —si se daba el caso— los descendientes de Ü generación tras generación. Ellos, que desde aquel atalaya enviaban a los soldados del frente su poder, cada día más insuficiente, cada día más cuestionado.

Una vez al mes, Ü salía al balcón dentro de su traje de espejos y saludaba a la multitud suplicante, histérica, famélica de respuestas y ansias. Y la recompensa a tanto desasosiego colectivo era una silue-

ta inmóvil y lejana que agitaba la mano y que reflejaba los rayos del sol en su túnica de cristal plateado y su alto sombrero cónico.

El día en que llegó a Sdtadtz, Vervoék fue directo a la Torre de Ü. Los bosques del corazón de la capital reforzaban la percepción lejana, inalcanzable y divina que envolvía el edificio.

En esos alrededores ajardinados había guardias vestidos con uniforme amarillo. Permanecían inmóviles, sosteniendo las picas, o se desplazaban unísonos como autómatas bajo sus morriones. Soportaban el recién inaugurado invierno metidos en sus calzas y como buenamente podían. El clima de pánico y desasosiego que primaba esos días en la ciudad había anidado también en los soldados. Temblaban al cruzarse a Vervoék. Por su espada y sus ojos de lobo estepario le reconocieron. Y aun así, nadie espera ver aparecer a un héroe vestido como un yonqui, metido en un uniforme que perdió el color hacía mucho; con unas botas deformadas por las largas caminatas; con una capa hecha mierda y una bufanda robada a algún Demonio muerto.

Sin devolver los saludos, ceñudo e incómodo, Vervoék atravesó los bosques domesticados que circundaban la Torre de Ü y se detuvo ante la puerta que dos guardias de amarillo, pegados a sus picas como soldaditos de plomo, custodiaban con celo.

—Soy Vervoék —dijo—. Los Genios de Ü me esperan.

Se cuadraron. Pronunciaron algunas palabras torpes e inseguras en un intento de expresar admiración.

—¿Has visto qué manos? —dijo uno de ellos en cuanto el Puñal de Ü hubo desaparecido en el interior de la Torre— Podría partirte el cuello con dos dedos.

—Y la espada —añadió el otro—. Nunca había visto una.

•14

Dos guardias me siguen. Dos guardias me preceden. Pomposa escolta para alguien que no la necesita y que parece recién mu-

dado de algún vertedero. Las escaleras son pura escenificación de poder. Mármol. Anchura. Generosidad. Poder, digo. Hay tapices de hombres matando Demonios o liados con otras heroicidades del mismo rollo. Me reconozco en uno de ellos. Yo, miserable asesino, convertido en objeto de arte. Me meo. Descubro allí dibujados a muchos otros, que fueron mis amigos y que ya no viven.

Y ya se me va la cabeza. Se me dispara con imágenes horripilantes. La llamarada del daagoon enrojando la noche sobre mí, reduciendo a los hombres a negras carcasas óseas. Me veo comiendo huevos crudos robados en alguna granja. Alimentándome de patatas congeladas, cubiertas de tierra, en un granero incendiado. Ya sabía yo que no podría ser persona en la ciudad. Necesito largarme de aquí. Quiero volver a las colinas. Correr, asesinar y comer. Necesito mi humo negro para olvidar. Ah, bendito humo. Ah, salvaje necesidad de olvidar este pequeño detalle de que sigo vivo. Mi cabeza se dispara. Lanzas. Largas lanzas que quieren trincharme. Los ojos de los Demonios brillando de noche. La llamarada del daagoon barriendo a mis compañeros. Noches enteras entre muertos. Sin respiro ni alimento. Skavsta. ¡Skavsta!

—¿Se encuentra bien, Puñal de Ü?

Es uno de mis escoltas quien lo pregunta. Los cuatro me miran alarmados. Trago saliva. Aparto el sudor de mi frente.

—Tranquis —respondo—. Es ansiedad. Es la guerra que se mete dentro de uno y ya no quiere salir.

Me miran avergonzados de sí mismos. Azorados por un estereotipado sentido de la culpa. Ellos son, seguro, hijos de alguien con pelas y eso les exime del macrosacrificio. No tienen *ticket* para el gran carnaval de los descuartizados. Ni les culpo ni les desprecio. Yo hubiera hecho igual si hubiera podido. Pero la vida elige por ti. En Volgod yo *tb* tuve padres forrados, pero no suerte. Me falló esa parte de la ecuación.

Llegamos a la sala del consejo. Hay dos chimeneas altas como jugadores de baloncesto. *Tb* hay ocho columnas retorcidas sobre sí mismas como intestinos —a eso me recuerdan. Siempre intestinos—. Las ventanas exhiben vidrieras con escenas de Ü exterminando a los Antiguos. Anegando sus ciudades. Cazando como a moscas

a los reptiles alados que lanzaban fuego. Menudo debió ser el Mago original comparado con los mierdas de sus descendientes.

Poca luz. Apenas la que entra a través de los rostros detenidos y los paisajes catastróficos de las vidrieras. Las sombras mandan aquí.

Al fondo me esperan los ocho Genios de Ü. Se retuercen los dedos en sus sitiales de madera altos y desproporcionados. Hace mucho que no les veo. Qué feos se han hecho. Sólo son viejos locos con ojos saltones. Se supone que poseen cierto poder del Mago. Pero para mí que no serían capaces ni de encender un cigarro. La magia es una fiera en peligro de extinción.

Me miran grotescos y descabalgados. A pocos les queda pelo. Alguno conserva un par de hebras amarillentas y enfermas, retorcidas como los filamentos de un hongo antinatural. Las manos sarmentosas y las cabezas pelonas emergen de sus ropas hiperbólicas y granates. Parecen bebés monstruosos metidos en el traje de su padre, afectado de obesidad mórbida.

Y este montón de mierda en tránsito a la tumba es el Gobierno de mi país. Nada puede ser más elocuente sobre nuestro futuro. Aquí huele a viejo que se caga y que se mea encima. Huele a abuelo demente. Y en esa demencia pone sus esperanzas la gente. Lo llevamos claro.

—Vervoék —dice uno de ellos con voz de urraca hemofílica—. Te presentas ante nosotros vestido como un mendigo. No es esa la imagen que debe dar el último Puñal de Ü.

—¿Y vosotros qué? —respondo cabreado— Da pena veros.

—Insolente —dice otro abriendo una boca desmoronada por la piorrea. Alza la mano y la cierra pronunciando un conjuro—. Vas a ponerte de rodillas ante mi poder.

Retuerce los dedos en el aire y siento una suave presión en el cuello. Una mano invisible aprieta. Pero el viejo Genio de Ü comienza a toser. Ahoga un gargajo. Gime y cae al suelo sin haberme producido más que una caricia. Lo que yo decía. Ni encender un cigarro.

—No he venido aquí para que me masajéis el cuello —digo—. He abandonado el frente en un momento muy delicado y quiero suponer que lo he hecho por una razón seria.

Los viejos me miran con ojos de loco y dientes sin encías. Hasta la Muerte se asustaría de ellos si les viera. Igual por eso siguen vivos.

—Vervoék —dice el más juicioso con apenas un gramo de aliento—, la situación es más crítica de lo que crees.

—¿Más? —respondo— Eso no puede ser. Ya no hay humano que ponga el pie en la Meseta Oeste. Los Demonios están a dos semanas de aquí. En un par de meses escucharéis sus tambores que, por cierto, tocan fatal.

Silencio lóbrego. La luz tamizada por las vidrieras cambia y reconfigura los rostros cadavéricos de mis jefes. Parecen muñecos incendiados en un calidoscopio.

—El poder de Ü declina —dice el mismo Genio juicioso. El otro, el que se había desmayado, ha recuperado el resuello y se encarama de nuevo a su sitial lento como un perezoso amazónico—. Nuestro Mago es joven, muy joven. Pero incapaz de dejar descendencia. Cada día le entregamos las mejores muchachas de Sdtadtz. Pero todas salen como entraron. Ü no es capaz de... él no puede...

—Endurecerse —le ayuda otro anciano.

—Endurecerse —acepta el Genio juicioso—. Es mucho peor que eso. Todas las muchachas se vuelven locas tras pasar por los aposentos de Ü. Su poder les destroza el cerebro.

—El otro día una salió asegurando que era un billete de autobús —dice uno de los viejos.

—En el último año —interviene otro— no ha pasado día en que no le hayamos entregado una adolescente portentosa... y todas acaban irremisiblemente perdidas después de pasar por la... por sus brazos. Ni una sola ha recuperado el juicio después de cohabitar con él.

—Cuántas vidas lozanas tiradas a la basura en vano —dice uno pasándose la lengua por los labios. Su voz suena babosa. Sus ojos recuperan la capacidad de brillar por un instante. No es más que un viejo verde de los de toda la vida.

—Mucho nos tememos —tercia el más minúsculo y arrugado— que la sangre de Ü, y por tanto su poder, van a extinguirse sin una descendencia que lo perpetúe. Y si eso sucede, nosotros, los humanos, estamos perdidos. Porque Ü es la fuerza que nos protege.

—Son demasiados años —le interrumpe uno que parece ciego y que habla con voz temblorosa—. El poder original del Mago se ha ido diluyendo con cada generación. Llevamos ocho siglos preservan-

do pura la estirpe. Pero no es posible ir más allá. La situación se ha vuelto insostenible.

Me pregunto si esa misión tan trascendente para la que se me reclama no será explicarle al último Ü aquello de la flor y la abejita que deja la semillita. No me sorprendería, tal como le funciona la cabeza a esta gente.

Ahora coordinan un silencio estratégico. Cambio de tercio.

Un viejo carraspea y susurra con voz desquebrajada:

—Ese es sólo uno de los problemas a los nos enfrentamos, Vervoék. Hay otro, igualmente delicado, y que sólo tú puedes resolver.

—Eres el último Puñal —dice uno, muy observador él, de rostro descarnado y pupilas blancas—. No se nos escapa que en los últimos años te has vuelto cínico y distante. Te diriges a nosotros con un descaro que nunca antes te habíamos conocido.

Tal paternalismo me mata de asco. No se me cruzan los cables por poco. Hago un esfuerzo indecible por congelar mi ira. Y digo:

—Mi título es el de Puñal. No soy corazón de Ü. Ni alma de Ü. Ni Genio de Ü. Soy un instrumento. Un objeto —una mierda, estoy a punto de añadir. Pero me contengo—. Cada día me juego la vida por vosotros y por Ü. Tal vez sigo respirando gracias a su protección. No lo sé. Pero hay algo que no debéis olvidar: mis opiniones son mías y no admito que nadie las violente. Ni siquiera vosotros.

Dieciséis ojos amarillentos y reseco me atraviesan escrutadores. Añado:

—Y si tanto os preocupa mi cinismo, dejadme subir y conocer a Ü en persona. Dejadme ver al hombre a quien, como vosotros, he entregado mi existencia. Tal vez eso me devuelva esa fe que tanto me reclamáis.

Mueven la cabeza al unísono como ciertas compañías de humoristas sobre el escenario. Recuerdan también a los ocho padres de un mismo niño obcecado.

—Ü no puede juntarse con otros humanos, a excepción de nosotros —dice el juicioso con su voz de barro seco—. Él es humano, sí. Su carne es tan mortal como la tuya o la nuestra. Pero piénsalo, Vervoék. Nuestra civilización, nuestra identidad, se asientan en el misterio del poder de Ü. Él no puede ir a la taberna como un vulgar...

—¿Soldado? —mi voz suena gélida.

—No seas así, Vervoék —dice irritado. Y creo que también cansado. Creo que les dejaré hablar. En realidad me dan pena. Tan agotados, tan viejos... y aun así cargando con el peso del mundo sobre sus hombros. ¿Dormirán por las noches? En el fondo mi cinismo es una pose egoísta. Mi obligación es ayudarles para hacerles soportable su creciente debilidad. El tiempo que no perdona. Y ellos son ancianos que se apagan justo cuando el mundo más reclama su esfuerzo. Es una situación dramática.

El abuelo del extremo izquierdo se ha dormido y habla en sueños. Ronca un par de veces. El de su lado está sumido en plena crisis de demencia senil y pide cierto juguete a su más que difunta madre.

—Hay una razón por la cual te hemos rogado que abandones el frente —dice uno que sigue despierto. Su voz fluye estropeada como la leche agria—. ¿Deseas conocerla?

•15•

—Sí.

—Bien —el Genio que ha hablado toma aliento. Nueva pausa psicológica—. Antes, con razón, has calificado de trágica la pérdida de la Meseta Oeste. Y lo es en más de un sentido. No se trata sólo de una derrota moral, sino que, para mayor desgracia, hemos perdido el paso al Norte. Nuestros dominios están ahora partidos en dos. Al menos en la medida en que pueda considerarse el Norte parte del imperio. Porque atravesar las Montañas Lunares es un imposible. Ningún ser real podría enfrentarse a 30.000 metros de altitud. Ni siquiera los Antiguos reptiles voladores.

Tiene razón. La pérdida de la meseta parte nuestro mapa. Aunque todos saben que el Norte no es más que la guarrería de Sdtadtz: allá se manda a los criminales, a los desterrados, a los desertores, a las putas, a los periodistas del corazón, a los consejeros

de Obras Públicas pillados con mulatos menores de edad. La pura mierda social, vamos. No existen carreteras y en las pocas que hay los atracadores hacen cola para trocearte a machetazos. Eso descontando que los contrabandistas mandan allí más que los alcaldes. La única ciudad reseñable es Serge, capital administrativa del imperio en el Norte. Por lo demás, los núcleos de población más importantes son los presidios y las colonias de trabajos forzados donde mandan a los pederastas y a los poetas.

En la sala hay un asentimiento general. Los ocho cadáveres móviles son así comparables a los polichinelas de cualquier teatrillo cerrado por falta de público.

—Las cosas van mal en la guerra, Vervoék —prosigue mi interlocutor con voz arrugada—. Sólo un golpe de efecto podría evitar nuestra extinción. Un arma lo suficientemente poderosa como para detener temporalmente a los Demonios. Algo contra lo que se estrellen mientras nosotros ganamos tiempo y nos volvemos a hacer fuertes.

Entonces comprendo de qué va el tinglado:

—Así que queréis que viaje al Norte atravesando el frente y que regrese con la Mano de Ü, deduzco.

—Acertaste. La Mano de Ü protege al Norte desde hace siglos, pero hemos llegado al punto crítico en que la necesitamos aquí —dice el viejo. Toma aliento—. Pero esa es sólo una parte del trabajo. Bien. Tú eres Vervoék. Tu espada hace temblar a los hombres y a los Demonios. Eres un símbolo para toda la gente sencilla. El guardián de una civilización —je, bueno. Tal vez tiene razón, pero no deja de ser significativo que el *guardián de una civilización*, como ellos me llaman con mayor o menor oportunismo, sea un vulgar carnicero loco y cansado de sí mismo—. En ese sentido, el otro objetivo del viaje es conseguir que el Norte venga en nuestro socorro.

—Eso es ingenuo —respondo—. Sdtadtz lleva siglos despreciando a los del Norte. En el pasado nuestras levas se han ensañado con ellos hasta extinguir pueblos enteros. ¿Y creéis que ahora vendrán de buen rollo a luchar?

—Es cierto que nuestros antecesores y nosotros mismos hemos cometido el error de minusvalorar esos territorios —repone otro—. ¿Pero qué podíamos hacer? Esa gente no entiende de política. Son

incapaces de comprender que esta guerra es su guerra. Tú debes lograr que esa verdad evidente les entre en la mollera. En ese sentido se trata de una tarea diplomática.

Me sonrió. *Una tarea diplomática.* A mí. Deben haber estado bebiendo.

Entonces otro de los Genios carraspea para soltar su parte del discurso:

—Hay que tener mucho cuidado —dice—. Tenemos indicios de que algo que, dadas las circunstancias, escapa a nuestro control está sucediendo allá arriba. Siempre ha sido un territorio descabezado. Sin embargo, parece ser que alguien está... uniendo a la gente.

—¿Quién? —pregunto— ¿Y para qué? Eso no tiene por qué ser malo para nuestros intereses.

—No sabemos quién es ni qué objetivos tiene. Las informaciones que nos han llegado son dispersas y, en cierto modo, increíbles.

—¿Por qué increíbles?

Interpone un silencio para revestir de gravedad sus palabras.

—Nos movemos siempre dentro del territorio de la posibilidad —dice despacio—. Pero no es descartable que el Norte nos haya abandonado definitivamente. De la mano de este líder del que hablamos.

He escuchado con atención profunda. Si el Norte se ha puesto contra nosotros de forma activa... entonces ya sí que nos quedan dos teledíarios. Tengo miedo. Llegar a Serge pasa, sin apelación posible, por atravesar el frente. Y más allá... ¿Qué hay más allá de las Montañas Lunares? Frío. Frío y montañas. Clanes dispersos, emporios del narcotráfico y señores de la guerra que hacen el agosto con los contrabandistas. Y ese supuesto líder misterioso. ¿Quién será? Mi instinto, mi adiestramiento, le convierte automáticamente en mi enemigo. En el obstáculo a exterminar para la consecución de mis fines.

Miro la vidriera que da al norte. No se ve nada. Pero intuyo la nieve tomando la vida y los tejados. Insisto: tengo miedo. ¿Seré capaz de mitigar siglos de odio contenido? ¿No es demasiado peso el que se echa sobre mis hombros? ¿Tanto confían estos viejos chochos y zumbados en mí? Llevo demasiado en la guerra. No soy un ani-

mal político. Sólo sirvo para sobrevivir. Bien pensado, los del Norte deben llevar una vida afilando cuchillos a la espera de una ocasión como esta: muchos/as regalarían a su mujer o a su marido por disfrutar del show de Sdtadtz en llamas, erradicado hasta el fin de los días. En el Norte han comido nuestra mierda por demasiado tiempo. Algo así tenía que pasar. Pero entonces, ¿cómo pillo la Mano de Ü? Las caras de los Genios emergen blancas de entre la oscuridad, oscilantes sobre las rígidas túnicas granate. Ahora son ellos quienes me miran expectantes. Aguardan a que hable. Así que tiendo el puente:

—De acuerdo por lo que hace a la Mano de Ü. Pero pretender que negocie una nueva alianza con el Norte... en serio que se os va la piña.

Los ojos del Genio ciego miran a ningún lugar. Sus globos oculares se han secado como huevos de cucaracha americana al sol. Es él quien habla:

—Nadie ha dicho que esa parte del trabajo te corresponda a ti.

—¿Cómo? ¿No iré solo?

Me da asco la idea de tener compañía civilizada.

•16•

—¿Quién? —pregunto con desagrado a los Ocho Acabados de Ü.

—Tu compañero de viaje espera tras la puerta —dice un Genio. Aunque son ocho, su decadencia les unifica y me llegan como un único ser.

Miro en dirección a la puerta que los viejos señalan. Está cerrada, pero conozco bien la sala con losas de tablero de ajedrez que hay detrás. A quien no conozco es a *mi compañero de viaje*. Puaj.

—¿Tenéis algo más que comentarme? —les pregunto.

—No —responde el juicioso—. Sólo suerte. Nuestra fuerza, que es la fuerza de Ü, os hará poderosos para que tengáis éxito y volváis con la Mano. Y no lo olvidéis: el imperio depende de vosotros.

Sí, sí, sí. Me marchó. Me planto ante la puerta. La abro. Ahí tengo al plasta que voy a llevar pegado al culo durante los próximos meses. En cuanto le veo se me amarga el día. Más, quiero decir. No puedo ocultar mi asco por un instante. Pero luego mi recién recompuesta urbanidad me ayuda a sonreír con una falsedad estrepitosa y a estrechar la mano que este payaso tan fino me tiende.

•17•

Escuché con ansiedad el diálogo que se sostenía al otro lado de la puerta. La voz de Vervoék era afilada, profunda y nasal. Luego el pomo giró y apareció él. Al verme, trató de disimular un raptó de decepción, pero no se me escapó el desdén con que me miró en el primer flash.

Ahí le tenía. Le ofrecí la mano tratando de esconder los nervios y la inseguridad. La suya era fortísima y seca. El chasquido de la leña en las chimeneas y la luz pálida del día a través de las ventanas nos envolvían.

Vervoék. En realidad no se diferenciaba mucho de como lo había imaginado. Tenía el rostro seco, duro y severo. Ojos azules de lobo circundados por un entramado de arrugas minúsculas. No tardé en detectar en sus pupilas un fondo de sensibilidad, algo a priori insólito en un sujeto tan arisco.

Por lo demás, todo en él recordaba a un cuchillo. Era alto y muy atlético. Se adivinaba bajo su uniforme un cuerpo hecho a la lucha y al sufrimiento. Sólo había que ver aquellas manos marcadas por cicatrices y quemaduras —¿de daagoon?—. Su cabello era rubio y áspero como la lija. Lo llevaba cortado al cuatro o al cinco. Se afeitaba furiosamente con la excepción de unas anchas patillas. Su cuello era flaco como una rama, pero los tendones asomaban poderosos como las raíces de un árbol. Apretaba los labios en un gesto severo —¿estrés de soldado? ¿Problemas psíquicos?.

Me encontraba ante un individuo nada expansivo. No parecía inclinado a la conversación ni a la exteriorización de sentimientos.

El centro de su ser eran los ojos: azules y penetrantes. Voluntariamente gélidos. Como escondiendo la materia blanda de su persona.

Yo era un científico del alma y del pensamiento. Un ingeniero de la palabra, la persuasión y el juego político. Por eso supe con una mirada que estaba estrechando la mano de un hombre bueno. Probablemente difícil. Probablemente afectado por el síndrome que inutiliza a los soldados para el tiempo de paz, cuando regresan del frente anímicamente destrozados. Pero buen material humano, al fin y al cabo. Había decidido desarrollar hacia él un trato natural. Evitaría expresar admiración o palabras de reconocimiento que, deduje con acierto, podrían despertar su irritación o su desprecio. Además, con adulaciones nunca conseguiría que me viera como a un igual.

—Hola —le saludé con una sonrisa limpia. La mía. Inevitable parecer tímido. Su presencia resultaba subyugadora, incómoda—. Me llamo Dedekáer. Soy miembro del cuerpo diplomático del imperio. He tenido el honor de ser elegido para ejercer las funciones negociadoras en esta misión. En palabras de los Genios de Ü, si tú eres la uña yo debo ser la carne. Lo dicen ellos. No yo.

—Muy ingeniosos, los Genios —respondió con voz nasal, escrutándome. Luego reparó en que la espada pendía de mi cinto. Sonrió—. Llevas espada. Digo yo que si se te hace el honor de poder llevarla es porque la sabes usar.

En ese momento dudé si decirle la verdad o no. Al final decidí que sí. Íbamos a pasar mucho tiempo juntos y la sinceridad era obligatoria. Así que hablé:

—La manejo perfectamente. Mi familia goza del alto honor de llevar espada y he sido instruido en el arte de la esgrima desde niño. Pero nunca he matado.

Una tiniebla breve se pintó en su ceño. No lo pasé por alto. Sus pupilas calcáreas se me clavaron. Sonrió a la manera de los lobos.

—¿Puedo verla? —dijo— La espada.

Saqué la curva hoja de su vaina. Una prolongada vibración metálica resonó en la sala. El filo recién pulido lanzó destellos a la luz mortecina del mundo nevado. Se la entregué con marcialidad. Él la empuñó y al segundo ya parecía que llevara veinte años utilizándola.

La hizo oscilar con armonía. Cada movimiento, aun lento como un atardecer en septentrión, arrancaba susurros metálicos al aire.

—¿Lo oyes? —dijo— es el sonido de la muerte perfecta. De la muerte limpia y pura. Así es como debe morir un hombre de verdad. Cortado. Troceado por quien le mira a los ojos.

Sospeché que el Puñal de Ü no estaba bien del todo. Tuve miedo del brillo inmóvil de la espada. Allí paralizada, erecta entre las manos de Vervoék, todo el universo parecía girar en torno a ella.

—La espada es lo único curvo en nuestro mundo, que es rectilíneo —dijo siguiendo con los ojos el cadencioso baile del arma—. Si te asomas por la ventana veras calles rectas, fachadas rectas, chimeneas, murallas, torres rectas. Soportales rectos. Sólo la espada se tuerce en una sonrisa. Es un arma rebelde y se ríe de nosotros. A mí me lo parece.

—Eh... sí.

Me devolvió la espada.

•18•

Le propuse caminar por los bosques que envolvían la Torre de Ü. Accedió. Estuvimos paseando, conociéndonos. Es interesante descubrir que tras los mitos sólo hay personas imperfectas. El Puñal no era consciente de su fama. O tal vez la despreciaba porque conocía demasiado bien lo que se esconde bajo las leyendas.

—Las leyendas son la tapa del váter —me dijo—. Y lo que descubres cuando la levantas es la realidad.

La nieve caía suave en el lento atardecer. El cielo mate llenaba de hielo blanquecino los senderos y las ramas de los árboles. Más allá se extendían los tejados altos, negros y puntiagudos de Sdtadtz. Las nubes deambulaban tan bajas que ocultaban las torres, los pináculos y los edificios más voluminosos.

—La nieve nos enseña a ser sabios —dije. Aparté de un manotazo el manto blanco que cubría una piedra—. Fíjate. He necesitado un segundo para eliminar el producto de horas de nevada. La nieve es delicada y débil. Pero sin embargo, ahora seguirá cayendo y reparará lo que yo he destruido. Podré destrozarlo de nuevo. Pero ella volverá a borrar mi huella. Quiero decirte que la nieve es paciente e incansable. Parece débil o poca cosa. Pero si te fijas, en su tenacidad radica su fuerza. Pues esa es mi filosofía.

—Bueno —repuso—. Está muy bien eso. Te pillo. Pero ¿tú sabes qué clase de gente hay en el Norte? Entienden bastante mejor dos señoras hostias que un discursito filosófico sobre la nieve.

Carraspeé.

—Respeto tu criterio porque eres más experto que yo y seguro que en muchos sentidos tienes razón —dije—. Pero recuerda que nuestro cometido es conseguir que las tribus del Norte vuelvan a unirse a nosotros. Tal vez ese caudillo misterioso del que se habla sea una ayuda. O tal vez un obstáculo.

—¿Qué se sabe de él? —preguntó— ¿Quién es?

—No sabemos nada —respondí—. Por desgracia no tenemos ningún control sobre el Norte. Nuestra influencia en esos territorios ha ido decayendo conforme... la guerra se ha puesto más... sería. La lamentable verdad es que nuestro Gobierno no sabe qué pasa al otro lado de las Montañas Lunares. Ya no somos tan poderosos como antes. Por eso insisto en que el tacto y la diplomacia nos serán más útiles que la fuerza. La diplomacia blanda. Con violencia no vamos a conseguir nada, Vervo-ék. Tè ruego que reflexiones sobre lo que te digo.

Ahora fue él quien carraspeó.

—En Serge hay una Delegación del Gobierno —dijo, creo que cambiando a conciencia de tema—. La Mano de Ü está allí, ¿no?

—Bueno —vacilé—, la Mano de Ü está en una ermita cerca de Serge, sí. Hace ya mucho que Serge funciona con virtual independencia. A fecha de hoy es imposible comunicarse con la ciudad. Está demasiado lejos y los Demonios han tomado el paso.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó.

—Pasado mañana.

—¿No puede ser mañana?

—Podría ser. Pero mañana quiero despedirme de mi mujer y de mis padres. Es posible que no vuelva a verles.

—Ya, claro —respondió—. Yo... yo haría igual en tu sitio.

Su voz sonó cansada o desesperanzada.

Se alejó entre los árboles. No sé hacia dónde. Iba cabizbajo y pensativo.

Anoté en mi diario:

Estoy satisfecho. Creo que nos hemos entendido bien y que le he impresionado favorablemente.

•19•

Menudo gilipollas. La nieve... la diplomacia blanda... ¿Qué coño se chuta este payaso? Esta gente de la ciudad no tiene ni pies ni cabeza. No me extraña que seamos una sociedad enferma. Menudo retrasado mental este Dedekáer. Me gustaría verle filosofando delante de los Demonios. El diálogo... ¡Ja! Estos subnormales viven en la capi y se piensan que todo el mundo ha estudiado tres carreras y está dispuesto al diálogo entre culturas. No tiene ni puta idea de adónde vamos. Estoy seguro de que se ha leído todos los libros sobre el Norte con los que le han estafado en las librerías. Y se creará que sabe de qué va la movida. Pues no tiene ni puta idea. En el Norte los hombres son animales. Se mata por dos patatas crudas. No hay Estado, no hay jueces, no hay ley. ¡No hay nada!

¿Y yo tengo que atravesar el frente con este pijastro? Y encima me dice tan tranquilo que nunca ha matado a nadie. ¿Cómo se atreve a llevar espada y afirmar ahí todo orgulloso que nunca ha matado a nadie? Pues ya puede ir aprendiendo. Y rápido, porque no pienso ser el guardaespaldas de nadie. A mí esto me huele a que los Genios de Ü sólo me quieren para proteger a este chupatintas. Y de eso nada, monada.

Y qué humillante es ir buscar la ayuda de los burros del Norte. Merecen el exterminio del primero al último y nosotros mandándoles diplomáticos medio maricas.

•20•
La Mano de Ü

Se supone que hace 800 años, una vez exterminados los Antiguos e incendiadas sus ciudades, Ü se cortó la mano izquierda y la entregó a los humanos del Norte. Y era tal el poder de Ü que su sola mano gozaba de inteligencia y voluntad y con ella quiso proteger a los hombres de las regiones más frías del mundo.

Y los habitantes del Norte, subyugados y persuadidos por la obra de Ü, tomaron el regalo y le construyeron un templo en lo alto de una montaña. Y desde este lugar el poder de Ü sigue vivo y pensante a través de los siglos. Un poder que lo mismo destruye que crea.

•21•

La música sonaba caleidoscópica. Muchos bebían cerveza en la penumbra multicolor del café-concierto mientras la orquesta erizaba el aire de ritmos precipitados y notas luminosas. Afuera la nieve caía. Los copos formaban ejércitos de aparecidos en la noche. Pero adentro los rostros enrojecían y reían.

Dedekáer observaba. Había algo definitivamente histérico en esas ansias de diversión. Como si la multitud celebrante intuyese que ya no les quedaban demasiadas ocasiones para festejar. No tardarían en llegar los racionamientos. Y luego, la guerra. Con su rostro descarnado e infinito. La matanza dejaría de ser un sonido lejano y abstracto para convertirse en la realidad que llama a la puerta.

Olovka no le quitaba ojo. Estaba sentada frente a él. Tenía la mirada luminosa. Su hermosura perfecta, sus gestos, emanaban luz. La muchacha se sentía feliz con su vestido nuevo que le permitía lucir los brazos desnudos para el baile. Una hipotética diosa de la

belleza hubiera presentado, deprimida, la dimisión del cargo si la hubiera visto esa noche.

Dedekáer sonrió transido de amor:

—Hoy estás más guapa que nunca.

Ella ensanchó sus labios rutilantes, reclamadores de ternura. Su esposo le acarició la mano.

—Te echaré tanto de menos... —dijo ella— Pero estoy muy orgullosa de ti. Estoy segura de que podrás salvarnos a todos. Eres el hombre más inteligente del mundo.

Dedekáer compuso una sonrisa triste:

—Escucha, cariño —le clavó sus ojos castaños—. Puede que las cosas salgan mal. Puede que los Demonios estén aquí antes de que...

—¡Calla! —gritó ella ahogando un gemido— ¡Eso no puede pasar! ¡Los Demonios no pisarán nunca Sdtadtz!

—Te ruego que me escuches, cariño —apretó su mano. Alrededor todos bailaban y reían al ritmo de la orquesta—. Tal vez suceda lo peor. Tal vez los Demonios lleguen a sitiar la ciudad. ¿Entiendes? —ella asintió— Bien. Si el enemigo logra romper el cerco de las Montañas Lunares quiero que escapes al Sur. A la aldea de Borovatz. Con todo lo de valor que puedas llevar. Ya he hablado con mis padres. Te irás con ellos. Allí tenemos familia. Esperadme en Borovatz hasta el último día del invierno. Si para entonces no he vuelto, huid.

—¿Huir? —sollozó Olovka— ¿Huir adónde?

Tragué saliva.

—Adonde podáis —respondí finalmente.

La joven parecía al borde del desmayo. Dedekáer la compadeció. Sus veinticinco años eran veinticinco años de lujo. La vida la había mimado con belleza, con atenciones, con riqueza, con amor. No estaba hecha a las estrecheces. Su marido temía que no pudiera soportar los negros tiempos que amenazaban a la vuelta de la esquina. Se consolaba pensando que el ser humano, por acomodado que esté, es capaz de adaptarse a las situaciones más duras y que toda mujer tiene una naturaleza fuerte y superviviente.

En la pista de baile se redoblaba el estruendo dodecafónico de la orquesta.

—¡No puedo irme de Sdtadtz! —gritó ella sin poder contenerse— ¡Mi vida está aquí! ¿No lo entiendes?

—Cariño, es posible que en unos meses aquí no haya vida. Sólo muerte. Recuerda lo que sucedió en Volgod.

Un estremecimiento recorrió a la chica.

—¿No hay más opciones? —preguntó hundida en su silla.

—Morir aquí o esconderse como animales en los bosques. Yo no quiero eso para ti, mi amor. Quiero darte una vida cómoda como la que tenemos ahora. Si para ello tengo que ir más al sur, lo haré. Pero necesito tu confianza.

La orquesta culminó una pieza vertiginosa. Bailarines y bebedores se secaron el sudor, brindaron y rieron.

—El próximo baile es sólo para enamorados —exclamó enrojado el acordeonista desde el escenario. Afuera la temperatura caía hasta diez bajo cero. Adentro el calor era sofocante y feliz.

Ahora el violín y la trompeta ejecutaron una pieza tierna. Olovka y Dedekáer se miraron fijamente. Los ojos azules y reclamadores de pasiones contra los castaños moteados de inteligencia. La muchacha tomó a su marido de la mano y le sacó a bailar. Otros enamorados se les unieron. El diplomático y su mujer se abrazaron con calidez para el baile. Ella apoyó la barbilla en su hombro, se agarró a su cuello y le musitó al oído:

—Escucha, Dedekáer. Si lo peor sucede, haré lo que dices. Escaparé con tus padres a esa aldea. Borovatz o como se llame. Te esperearemos hasta el último día del noveno mes de invierno. Y cuando llegues viajaremos al sur. Pero, ¿sabes qué?

—Qué —respondió él acariciándole la mejilla.

—Que eso no pasará. Porque tú y Vervoék llegaréis al otro lado de las Montañas Lunares y los hombres del Norte seguirán siendo nuestros amigos. Y tú con tu arte para persuadir y Vervoék con su poder conseguiréis que luchen con nosotros. Y venceremos a los Demonios para siempre. Y volveremos a nuestro hogar... donde seremos uno más.

—¿Cómo? —dijo Dedekáer abriendo mucho sus tiernos y vivos ojos castaños—. ¿Cómo dices?

El rostro de Olovka se ensanchó en una sonrisa tan bella que merecía la eternidad:

—Estoy embarazada.

Su esposo la miró de hito en hito sin poder controlar el estallido de dicha que le salió del alma.

—Pe... pero si nosotros utilizamos siempre protección —acertó a decir.

Olovka alzó las palmas de las manos en un gesto encantador.

—Pues la protección ha fallado. Estoy segura.

La felicidad del diplomático no hubiera cabido en una piscina olímpica. Abrazó a su mujer y no trató de contener las lágrimas. Ahora tenía una razón más para luchar. Un poderosísimo motivo para cambiar el destino de los hombres. Su hijo, su propio hijo que venía al mundo.

Olovka se acarameló contra él y la música sonaba divina. Las sonrisas de las otras parejas oscilaban como llamaradas celestes en una lluvia de estrellas. Los dos esposos se besaron y se miraron embelesados y felices de tenerse.

—Te quiero, Olovka. Te quiero.

—Yo también te quiero. Eres el hombre más bueno del mundo.

•22•

Encontré a mi madre cosiendo en la mecedora. Reclinada sobre la chimenea. El rojo resplandor iluminaba su rostro rodeado de sombras. Sus manos se movían laboriosas. Sonreía. Me sorprendió verla sonreír. Mi padre dormía en la habitación. Su respiración trabajosa nos llegaba como un recordatorio de la pena inminente.

—¿Qué haces, mamá?

Levantó la vista y su sonrisa se hizo más dulce aún.

—Hola, Dedekáer —dijo. Sus ojos pequeños y castaños relucían en la cara redonda—. Estoy haciendo un vestido para la niña. Mira, tócalo. Como nacerá en primavera se lo estoy haciendo fino.

—¿Y si es un niño?

Hizo un gesto de indiferencia y dijo:

—También le servirá.

Sonreí.

—Tu primer nieto, ¿eh? —le dije acariciándole el brazo.

Asintió sin perder la sonrisa. Me alcanzó el trajecito que de momento se reducía a una pierna pequeña y graciosa. Y de pronto, no sé por qué, pensé en que yo no iba a ver nacer a aquel o aquella que estaría dentro del vestido. Y me puse a llorar.

•23•

Último día en la ciudad. Me he comprado botas nuevas, ropa interior —llevo la misma desde hace meses—, varios pares de calcetines —el mejor regalo que le puedes hacer a un soldado— y guantes. Conservo la vieja capa y la larga bufanda que robé a un Demonio muerto. El Demonio se llamaba Erike. Lo sé porque en una esquina, bordado sobre la lana, se lee: *Tē quiero, Erike. Mprlztāa.*

Supongo que Mprlztāa era su novia Demonia. Bonito nombre.

Paseando por el mercado se me ha acercado una vieja vendedora sin dientes. Me ha dicho que no tiene para comer y le he comprado un gorro de lana que protege las orejas y la nuca. Le he pagado cinco veces lo que pedía.

Hay muchas como ella. Ancianas que se levantan a las cuatro de la madrugada. Que bajan cada día de las montañas para vender en el mercado aguardiente, frutos secos o ropa bordada por ellas mismas. Me conmueven. Algunas soportan horas de viaje a bordo de carros tirados por cerdos gigantes para ofertar flores en la calle. Flores. Las últimas flores antes del invierno mortal. A varias de ellas les compro ramos, puesto que el dinero, a mi manera, me sobra. Luego los regalo a las chicas pobres que hacen la calle y que me sonríen. Sospecho que esa será la única sonrisa natural de su jornada laboral.

Todas estas viejas deberían estar sentadas al lado de la chimenea, atendidas por sus hijos. Pero con toda probabilidad su descendencia ha muerto o está apunto de hacerlo en el frente. Viéndolas tan frágiles, pobres e ignoradas me pregunto qué hay de malo en que desaparezcamos. Sobre mi cabeza rugen las ostentosas torres negras de la ciudad, pero en la calle la miseria carcome el mundo hasta su alma, si es que el mundo tiene alma.

Pensando en estas cosas y en la partida de mañana, voy a parar a una de las avenidas principales de la capital. Me absorbe un río de gente que va hacia la Torre de Ü. Es una mañana gris. El invierno se cierra sobre nosotros. Escucho sus conversaciones:

—No debemos tener miedo. Ü nos protege. Los Demonios jamás podrán resistir su poder.

—Sí, oh, sí —responden voces anónimas—. Que Ü envíe su fuerza todopoderosa a nuestros valerosos muchachos del frente.

—Y que proteja a mi hijo —una anciana—. Que vuelva pronto a casa.

La turba de cabezas devotas, envueltas en negros abrigos, guantes y gorros peludos atraviesa los bosques del centro. Siempre he sabido que estos árboles no tienen más función que alejar al Mago de la gente. Tanto como sea posible. Pura escenografía.

Llegamos a la Torre. Ü se ha asomado al balcón. Viste una túnica hecha de espejos y un gorro cónico reflectante. Saluda a la multitud con la mano. Se le ve lejano, inalcanzable y minúsculo. Se rasca la cabeza como cualquier humano. Se ve que le pica. Pero es Ü. Es carne que envejece. Pero depositaria del poder que durante ocho siglos ha posibilitado la hegemonía humana.

—¡Eh, Ü! —grito aunque sé que no me oye— ¡Soy Vervoék, último de tus puñales! ¡Mañana al amanecer nos vamos al Norte! ¡Más vale que estés con nosotros!

Ya se me ha vuelto a ir la cabeza. Para cuando me doy cuenta, la multitud ha abierto un círculo a mi alrededor. Me miran desencajados de devoción y miedo. Algunos se arrodillan. Pronuncian mi nombre entre espumarajos. Otros me besan los pies y lloran histéricos. El show da pena, pero no les culpo. Son gente ignorante y pobre que se agarra a lo que sea. A cualquier cosa que pueda salvar lo que queda de sus vidas.

Será mejor que me meta en la Torre de Ü y me prepare para el viaje. La ciudad no es para mí.

24.

Hemos dejado Sdtadtz en un amanecer gélido.

Ha parado de nevar a las cuatro de la madrugada, momento en que me he despedido de mis padres, de Olovka... y del que vendrá. De mi hijo. Omito la descripción de la desgarradora escena. Nunca más volveré a ver a mi padre que se muere. En su lugar me esperará mi hijo, la sangre de mi sangre. El producto de un amor como nunca soñé. Me agarraré a esa idea para soportar el viaje.

Había niebla cerrada en la posta de cerdos. Nunca había utilizado este transporte. Dos puercos gigantes tiraban del carro en el que nos apretujábamos al menos cincuenta pasajeros. Un frío espantoso. Los desconocidos se pegaban unos a otros tiritando bajo las capas y los abrigos. La sucia niebla del invierno borra de inmediato la ciudad. No ha habido tiempo para despedidas ni últimas miradas retentivas. Los tejados afilados de Sdtadtz se han esfumado al instante y sólo quedaba la carretera donde el barro negro y la nieve se mezclaban.

Vervoék se ha sentado frente a mí. Parece muy habituado a estos veinte grados bajo cero. En realidad todos lo parecen menos yo. La capa, el gorro de lana, los guantes y la bufanda no son suficiente. La humedad no me deja ni pensar. Hasta los cigarros se apagan del frío, como le ha pasado a un señor gordo y calvo que se sienta a mi lado.

Mi compañero de viaje ha permanecido callado todo el trayecto. Imposible saber qué piensa. Un hombre que ha sufrido tanto. Tiene cierta poesía que alguien tan famoso como él viaje en un carro tirado por cerdos. Siempre creí que los héroes iban a caballo, con brillantes armaduras y todo eso.

Hemos avanzado todo el día hacia el oeste por una carretera en malas condiciones. Directos al frente. En las aldeas el carro

se detenía. Unos bajaban y otros subían. Siempre rostros pálidos y arrugados, con ojos de un azul deslucido. Unos cargan conejos muertos. Patatas. Botellas de ajiakr, el dorado aguardiente que los campesinos destilan de la ciruela. Un muchacho flaco y desdentado me ha ofrecido su botella con una sonrisa ruda. He bebido un par de tragos que me han hecho olvidar el frío durante varios kilómetros. El ajiakr no es ninguna broma. El incendio que me ha producido en el pecho ha hecho reír al hombre gordo y fumador de mi lado.

La sucesión de paradas ha sido interminable. Siempre aldeanos subiendo y bajando mientras se soplan las manos y maldicen el frío. A partir del mediodía la niebla se ha dispersado y ha sido posible incluso ver el sol por unos minutos —apenas un manchurrón blanco, amorfo y gélido en las alturas. Lo he interpretado como un buen augurio.

Entonces he visto mejor el paisaje de colinas nevadas que nos rodea. Los campos permanecen sepultados bajo un manto blanco. Las aldeas aparecen siempre al borde de la carretera. Algunas están abandonadas y sus casas se caen a trozos. Otras tienen pequeños mercados donde se vende ajiakr, patatas, zanahorias marrones, cebollas y fiambres negruzcos. El invierno no da para más. Me impresiona la extrema pobreza de toda esta gente. Son los fogoneros de un imperio que, al menos en el pasado, ha sido poderosísimo. Y sin embargo, toda la riqueza que la máquina imperial genera pasa por encima de ellos y viene directa a Sdtatz. La miseria llega hasta el punto de que una vieja consumida y minúscula cobra media patata a quien quiera pesarse en su báscula rota.

Hay también al borde de la carretera mujeres que venden páprika seca como sus propios rostros. En una aldea que se llama Kusulija han subido al carro dos mujeres tan tapadas que no me atrevo a ponerles edad. Una le decía a la otra que quería ganar algún dinero bordando ropa de invierno y vendiéndola en los caminos, pero que no tenía ni siquiera para comprar el hilo.

La moneda más pequeña que llevo en el bolsillo podría solucionar su problema.

Luego han hablado de sus hijos. Una tenía un chico en el frente. La otra un chico y una chica. Se han preguntado si seguirían vivos

y han intercambiado rumores sobre la guerra. Rumores desatinados que poco tienen que ver con la realidad.

Vervoék, todavía encerrado en su silencio, me lanzaba miradas irónicas o significativas —no sé interpretarle todavía. Creo que pretendía decirme algo así como: “¿De quién tiene que ser salvada toda esta gente? ¿De los Demonios o de vosotros, sus gobernantes?”

En fin. Hoy soy un hombre muy desgraciado con una tarea monstruosa por delante y no he tenido ganas ni humor para filosofar. El Puñal de Ü se refugia bajo la capucha y el gorro que le oculta la frente. Pero debajo, sus ojos azules refulgen, pétreos unas veces, humanos otras. Por ahora sólo me ha dejado conocer el lado afilado del puñal. Espero que pronto me muestre su otra cara, en caso de que la tenga.

Esta mañana ha empezado a dolerme una muela. De momento no es nada. Sólo una pequeña molestia y el ajiakr la ha erradicado al instante.

•25•

Mira el filántropo. Toda la mañana tomando notitas y sonriendo a las viejas. Menudo payaso. Lleva toda la vida metido en un despacho con chimenea y ahora se las quiere dar de viajero. ¿Y este tío lleva espada? Qué bonito es asistir en plan turista a la miseria de los demás. Ni que esto fuera un show. Qué bonito es ver desde fuera cómo los hombres se matan a beber ajiakr porque no tienen qué dar de comer a sus mujeres ni a sus hijos. Es de vergüenza. Conozco a los que son como este Dedekáer. Ponen el pie fuera de Sdtadtz y ya se creen descubridores de nuevos mundos. Ya me encargaré yo de que se entere bien de cómo funciona esto. En serio. No puedo con él.

Trato de calmarme. El cerdo gigante avanza hacia el oeste. Volver al frente me produce horror. Casi el mismo que me embargó al dejarlo. Qué inadaptados somos los veteranos de guerra. En nuestro avance hay cada vez menos poblaciones. Y las que vemos están

abandonadas. Por las noches dormimos apretados unos contra otros protegidos por el calor corporal de los cerdos. Encendemos fuego y bebemos ajiakr. Persisten los 20 bajo cero día y noche. Dedekáer las pasa putas de verdad. Al final me da pena y le doy mi manta. Yo no la necesito. Me basta con la capa y con la grasa de un señor gordo, calvo y fumador contra el que me aprieto.

Pasan los días. Ya casi no sube nadie al carro. A veces charlamos con el conductor. Un tipo pequeñajo y forzudo que se tatúa mujeres en los brazos:

—¿Van al frente? —nos pregunta— A veces llevo soldados al frente. Qué miedo que tienen. En cuando ven el cielo rojo por el fuego del daagoon me dejan el carro perdido de mierda y meado. Pobrecillos.

Atravesamos viejos teatros de la guerra. La huella del daagoon todavía es visible en torres incineradas y bosques calcinados. Ahora aparecen muchos refugiados en dirección opuesta a la nuestra. Viajan a pie cargando sacos y niños al hombro. Nos dicen que no les quieren en ninguna aldea y que por eso siguen huyendo al este. Un matrimonio joven y demacrado me pregunta dónde podrían pasar la noche. Les indico un fuerte abandonado a seis kilómetros. Lloran de la emoción. Llevan semanas durmiendo a la intemperie.

Dedekáer parece muy afectado por lo que sucede a nuestro alrededor. Se ha habituado con bastante rapidez a la cosa de pasar la noche al aire libre. El conductor de cerdos nos ha invitado a dormir con él bajo el vientre del animal. Eso es un lujo, puesto que el puerco desprende un calor que vale su peso en oro. Lástima de olor. A la mañana siguiente le regalo una botella de dorada ajiakr que terminamos bebiendo entre los tres.

Aquí el amigo diplomático está melancólico. Pensará en su bonita mujer y en ese hijo suyo de los que habla siempre. ¿Volverá a verles? Sonríó al recordar que eso depende de mí. Y, me guste o no, yo también dependo de él.

—Bueno, señores —dijo el conductor de cerdos—. Hasta aquí llegamos.

Estaba anocheciendo. El cielo y la tierra, ambos atrofiados de niebla, se amorataban.

El carro se detuvo junto a una pequeña colina boscosa.

—Más adelante —prosiguió el individuo— la cosa se pone peligrosa. Si siguen pensando en ir al frente, mañana por la mañana llegará un carro con mutilados que vuelven a casa. El conductor les llevará directos a la fiesta. Pero tengan cuidado. Me han dicho que el asunto está duro de verdad por allí.

—Nada, hombre. No se preocupe —dijo Vervoék dando un golpecito a su espada—. Nos apañaremos.

El sujeto se rascó la cabeza y dijo:

—Esperen un momento.

Sacó un conejo de debajo de su asiento:

—Es mejor que se lo coman. Será la última carne que prueben en mucho tiempo.

Le dimos las gracias por el regalo impagable y se marchó dando latigazos al cerdo.

Por suerte no nevaba.

Ahora que anochecía, distinguí unos resplandores rojizos, largos y mudos en el horizonte.

—¿Qué es? —pregunté al Puñal.

Vervoék se sentó a mi lado y bebió un trago de ajiakr.

—Es el daagoon —dijo—. Cada uno de esos resplandores que ves se lleva a cien de los nuestros a la tumba.

—Y nosotros tenemos que atravesar esa zona —dije—. Será difícil.

—¡Ja! Y tan difícil.

Más allá se alzaban las Montañas Lunares. Sólo me queda apelar a la imaginación de quien lea esto para dar una idea su monstruosa grandiosidad. Treinta mil metros de altura. Realmente su contemplación me hizo sentir pequeño. Era imposible adivinar las cumbres. Se perdían, no, más bien atravesaban el cielo y llegaban hasta Ū sabe dónde.

PARTE I. EL FRENTE

Y en sus estribaciones persistía el resplandor carmesí del daagoon.

Me llevé la mano boca. La muela volvía a jugármela.

—Bueno —dijo Vervoék—. Tenemos una olla, tenemos nieve y tenemos un conejo. ¿Haces fuego y lo hervimos?

Le dirigí una mirada fosca y respondí:

—No sé encender fuego.

—Ah, claro. Menos mal que te han puesto un buen criado. ¿No, diplomático?

No respondí. «Como la nieve», me dije para tranquilizarme. «Como la nieve».

Vervoék preparó el conejo. Sin sal, sin aceite, sin ajo. Sin nada. Agua y carne. Y aun así yo lo esperaba como si fuera caviar beluga. ¿Quién me lo hubiera dicho hace unas semanas?

La noche era ya total y sólo nuestra hoguera iluminaba dos caras sombrías y bermejas. Las espadas descansaban en el tronco de un árbol. Estaba harto de cargar con el arma al cinto.

El agua ya hervía a todo ritmo —brlu-brlu-brlu-brlu. Brlu-brlu-brlu-brlu— cuando escuchamos ruido de pasos. Traté de ver quién venía, pero para entonces ya tenía en el cuello un machete. Atisbé una mano roñosa y, más allá, un rostro demacrado. Todo lo que le sobraba de suciedad le faltaba de dientes.

—Si te mueves te mato —dijo el sujeto.

No tuve miedo. Vervoék permanecía tranquilo también. Casi relajado.

—¿Es por la comida? —dije— ¿Quieres cenar?

Mi invitación desconcertó al asaltante. Me pregunté cuánto hacía que nadie había sido amable con él.

—Donde comen dos comen tres —añadí con sencillez—. Siéntate con nosotros y coge tu parte.

Seguía sin apartar el machete de mi garganta. Nos miraba a uno y a otro confuso y desconfiado. En ese instante Vervoék parecía la criatura más inofensiva del mundo. A lo que se ve, nuestro apestoso visitante no había reparado en las dos espadas apoyadas en el árbol. De haberlas visto no se le hubiera ocurrido ni acercarse. Confíe en que no estuviera demasiado corrompido bajo su cáscara de mugre.

—¡Pues ya no lo es!

—¡Era inofensivo! ¿Qué te importaba compartir la cena con él?

—No la he compartido. ¡Se la he dado toda! Y creo que no le ha sentado muy bien. ¡Ja-ja!

Me llevé las manos a la cabeza escandalizado.

—¿Crees que el mundo va a ser peor sin este gorrón? —dijo empujándome— ¿Crees que alguien le va a echar de menos?

Le dio una patada al muerto. El cuerpo rodó ladera abajo hasta desaparecer en la oscuridad. La furia, la impotencia, me impidieron hablar. Creía que los restos mortales de las personas eran un objeto sagrado y respetable en su condición de casa vacía del alma. Y ahora, de repente, veía cómo una memoria, una experiencia, un ansia eran despreciados con un puntapié como si se tratara de un vulgar perro muerto.

—¡Era un parásito! ¡Un animal! —siguió bramando el Puñal de Ü.

—¡Era un ser humano! —repuse—. ¡Una persona!

—¿Persona? No somos más que unos animales que juegan a ser algo que hemos bautizado como personas —señaló la dirección por donde había desaparecido el cuerpo—. Este trozo de mierda hijo de puta se dedicaba a merodear por aquí para robar a los reclutas jóvenes la última la comida que sus madres les daban antes de salir para el frente. ¿Y tú querías invitarle a cenar? ¡Que se vaya a cenar con su puta madre!

Le sostuve la mirada durante unos segundos. Después, asqueado, me aparté de él y me senté al pie de un árbol.

—¿No quieres comer? —dijo al cabo recuperando la calma. Su voz volvía a ser humana, cálida incluso. Todo sin transición. ¿Cómo podía?

Negué con la cabeza. Me resultaba imposible tragar nada con un muerto allá abajo. Vervoék se alzó de hombros, recogió los trozos de conejo y se los comió. Pude ver cómo dejaba mi mitad dentro de la olla.

Dos horas después me lancé sobre mi parte presa de un hambre atroz. La carne se había congelado. Pero la devoré emitiendo ruidos propios de algún animal.

Probé a dormir y no pude. En la oscuridad absoluta que nos envolvía se destacaba lejana la llamarada bermeja del daagoon. Pensé en Wáff.

En el instante en que había pasado de ser a no ser. Rememoré la escena en mi memoria una y otra vez. Los ojos hervidos. La piel desprendida. Los gritos. Los manotazos. PSSSSSSSSSS. Oh, Ü. PSSSSSSSS. Todavía me impresionaba la muerte. Todavía la idea de asistir con indiferencia a su obra exterminadora me parecía extraterrestre.

Todavía. Entonces no podía ni siquiera imaginar lo que nos esperaba al otro lado de las Montañas Lunares.

Pensé en lo mal que iban las cosas con Vervoék y me dije: «Como la nieve, Dedekáer. Como la nieve».

•27•

La noche pone el listón más alto. O mejor dicho, más bajo. Veinticinco, treinta bajo cero. Me siento sobre un tronco caído. En el horizonte el daagoon sigue exterminando recuerdos, educaciones, memorias, ideales, fines, obsesiones... vidas.

Empiezo a contar los rojos resplandores. Uno, dos, tres... hasta cuarenta. Cuarenta por cien cuatro mil. Cuatro mil chicos y chicas muertos, convertidos en antorchas, manoteando sobre la nieve.

Dedekáer tiritita detrás de mí. Es duro para él. Creo que al final se comió la carne. Aunque congelada. Hace bien. Cada gramo de alimento va a ser imprescindible allá, al otro lado de las Montañas Lunares... si llegamos.

El horizonte se enciende y se apaga a intervalos rojizos. La batalla no decae con la noche. La angustia me noquea. Imágenes del pasado. Las lanzas de los Demonios, largas como un chiste contado por un tartamudo, emergiendo de la nada. Brillantes. Relucientes. Trinchadoras. Chas-chas-chas. Todo el tiempo. Durante horas. Oleadas y oleadas. Mares de lanzas infinitas. Laberintos de lanzas. Filos agudos que aparecen porque sí y matan porque sí.

Amigos... camaradas... viejos Puñales...

No puedo soportarlo más. Puede parecer increíble con un frío así, pero el sudor helado de los que tenemos demasiado que recordar me

perla la frente. Meto los dedos temblorosos en la bandolera y saco una bolsita. Vierto algo de polvo negro en la palma de mi mano y lo mezclo con tabaco. Lío el papel de fumar y lo prendo en la agonizante hoguera. Aspiro con desesperación mientras vuelvo a mi puesto, en el tocón.

Oh, sí. El humo negro y necesario, negro y necesario como un coño, me hace caricias en los pulmones. Y su regalo de olvido que todo lo relativiza hace un bello tour por mis vasos sanguíneos y luego toma mi cerebro, sede diplomática del alma, con un ejército gozoso de falsas alegrías. La paz me invade y dilata mis pupilas. El tiempo es un colega y el daagoon una mascota de peluche.

Ahora la vida es sólo un sueño... ahora las cosas fluyen con otro ritmo y mi mirada se ensancha. Ahora la gran cocina del daagoon deja de ser una *demo* del infierno para convertirse en un acontecimiento estético; en los trazos de un pintor que arrasa el cielo con brocha de fuego.

Y los nombres y las caras y las noches bajo las llamaradas y el hambre y el insomnio y los rostros cenicientos y la disentería y los intestinos y los intestinos y los intestinos todo desaparece y se esfuma y fluye mientras el humo negro se enseñoorea de mis pulmones y de los rescoldos de mi alma consumida almaalmaalma que persistes en seguir existiendo porque la vida es obstinada y no hay nada más poderoso que el instinto de vivir que la furia de la supervivencia.

•28•

A la mañana siguiente, cuando apenas apuntaba el sol, divisaron a lo lejos una forma negra y bamboleante que se acercaba desde el frente a través de la llanura blanca. Era un carro tirado por cerdos gigantes. Sobre él trastabillaba un grupo de mutilados/as, muchos de ellos apenas adolescentes.

Dedekáer buscó con ojos enrojecidos y enfermos el cadáver de Wáff. No pudo encontrarlo. La nieve lo había hecho suyo con labor paciente a lo largo de la madrugada.

El transporte se detuvo en la colina donde Vervoék y Dedekáer habían sobrevivido a la noche homicida.

El espectáculo era devastador. Los muchachos, flacos como tísicos con anorexia, se apoyaban en picas partidas. Les faltaban piernas, brazos, manos. Tenían ojos grandes y brillantes de fiebre y hambre. Dedekáer observaba boquiabierto:

—¿De veras hemos llegado a esto? —dijo.

Vervoék le clavó una mirada significativa.

—Vamos, chicos, vamos —repetía el conductor del transporte, un hombre cadavérico con aires píos. Tenía la panza hinchada a causa de alguna infección estomacal. La barriga hipertrofiada pendía de su cuerpo, escuálido por lo demás—. Vuestro cerdo llegará enseguida y en unos días estaréis en casa.

Los chicos y chicas pubescentes, rubios y pálidos como las muñequitas de un perturbado, bajaban sin hablar. No había nada asociable a la alegría en sus rostros cenicientos y muertos de hambre.

Todos se apearon menos un chaval al que le faltaba una pierna. Lloraba desconsoladamente en un rincón. Dedekáer vio una cara imberbe, rubia y de acuosas pupilas azules.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le preguntó con voz suave el conductor poniéndole una mano en el hombro.

—No quiero volver a casa—gimoteó el niño escondiendo la cara entre las manos.

—¿Y por qué no?

—Quiero volver a la guerra.

—Vamos, chico —le consoló el chófer de muertos—. ¿Es que no hay una bonita joven esperándote?

—Precisamente por eso... ¡No! ¡No quiero!

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no quieres volver con tu novia?

Los otros, tan jodidos como él o más, comenzaron a impacientarse.

—¿Para qué quiere ella un mutilado inútil? —gimoteó el joven— ¿De qué le voy a servir? Soy un desperdicio. ¡Nunca podré trabajar en el campo! ¡No quiero que ella me vea así! ¡No quiero que me vea convertido en un desecho que no sirve para nada! ¡Quiero volver a la guerra y morir! ¡Morir de una vez!

PARTE I. EL FRENTE

—¡Cállate ya, puto llorón! —le increpó un soldado— ¡Si tuviera pies te sacaría a patadas del carro!

—¡Eso es! —dijo otro— ¡Que baje aquí y le quitaremos las ganas de quejarse!

Las mujeres soldado ejercieron en un primer instante la defensa, pero como el chico se obcecaba en su llanto y en sus lamentaciones, terminaron por ponerse también en contra.

—¡Vamos a mantearle! —rugió uno que era manco, gordo, calvo, loco y tuerto— ¡Veréis cómo se le pasan las ganas de llorar!

—¡Eso es! —le secundaron los demás.

Y en efecto, el lamentador, al ver que todos se proponían agarrarle, dejó de llorar como por arte de magia, saltó del transporte con la habilidad que presta el miedo y corrió dando saltos sobre su única pierna. Todos los demás le siguieron como pudieron. Unos, los que carecían de piernas, arrastrándose con las manos. Otros brincando a la pata coja. Los ciegos echaron a correr en direcciones equivocadas y se dispersaron por el llano. En algún modo la escena recordaba a ciertas competiciones infantiles que se practican en los patios de los colegios.

La manada de lobos uniformados dio caza a la presa tras treinta metros de persecución. Le golpearon y le arrancaron la ropa:

—¡Vamos a dejarlo en cueros! ¡A lo mejor con el fresco se tranquiliza! —se rió uno de los que le inmovilizaban mientras los otros pateaban el cuerpo desnudo y mutilado.

Luego se dedicaron a mantearlo durante varios minutos utilizando para ello su propio capote. Los reclutas convalecientes reían con ojos enloquecidos. Echaban espumarajos de felicidad por las bocas:

—¡Aaaaajajaja! —bramaban— ¡Hacía años que no me reía tanto!

El cuerpo escuálido aparecía y desaparecía sobre las cabezas de los manteadores. Parecía un muñeco roto exhibiendo las costillas que deja la desnutrición. Gritaba y manoteaba mientras le llovían puñadas y escupitajos.

Dedekáer observaba la escena petrificado de horror:

—¿No... no vas a detener esto, Puñal de Ü? —le dijo a Vervoék.

El soldado asintió con sequedad. Caminó marcial y se plantó delante de la grotesca compañía de tullidos.

—Eh —dijo sin soplo de expresión en sus ojos muertos—. Ya.

Los manteadores se volvieron soltando el capote. El manteado cayó al suelo con un gemido. La espada de Vervoék saludaba oscilando desde el refugio del cinto. Al verla, la locura, la ira y el despropósito se disiparon en las pupilas de los chicos y chicas que habían montado la fiesta a costa del recluta llorón. Éste temblaba de frío, desnudo como estaba sobre la nieve a veinte bajo cero. Su minga se había encogido hasta extremos próximos a la extinción.

Agachando la cabeza, los rillotes regresaron a la parada de cerdos sin decir ni mu. Las chicas, las mismas que le habían cubierto de vergüenza, ayudaron ahora al caricato lisiado a vestirse.

—Vamos, vamos, chicos —les palmeaba el conductor de vientre tumefacto—. Vuestro carro no tardará en llegar y en unas semanas estaréis en casa con vuestros novios y novias.

Dedekáer clavó en todos ellos una mirada indignada y censuradora. Los ojos del diplomático carecían ahora del tinte temeroso que los cubría habitualmente. Los reclutas agachaban la frente avergozados en cuanto reparaban en su espada.

—Eh, tú, diplomático —le imprecó Vervoék dándole un empujón nada amistoso—. No les mires así. Esos chicos han sufrido lo que tú no puedes ni imaginar. No estás en posición de juzgarles.

El hijo de Sdtadtz no respondió.

—¿Vuelves al frente? —preguntó Vervoék al conductor de cerdos.

—Sí —contestó—. Y me cago en la puta que me parió por hacerlo. Con perdón, señores espadachines.

—Y sin perdón —repuso el Puñal—. Nosotros también vamos a la barbacoa.

—¡Ja! —el hombre dio dos golpes al costado de su vehículo invitándoles a subir—. ¡Me queda media botella de ajiakr! ¡Me la reservo siempre para el camino de vuelta! ¡De otra manera no encontraría huevos para volver a la puta fritería de la carne humana! ¡Subid y la compartimos!

Los dos viajeros se encaramaron al carro. El cerdo lanzó un gruñido y acometió el camino de vuelta. El animal parecía agitado. Sabía adónde regresaba. Y a todo cerdo le llega su Ü.

Dejaron atrás al grupo de lisiados que esperaría en la colina un carro que les devolviera a casa.

—No se enfaden con los chicos —dijo el conductor mientras contenía al cerdo—. Sooo, cerdo. No tengas tanta prisa por llegar. No se enfaden con los chicos, les decía. Lo pasan muy mal. Son tan pobres que dos de ellos han querido echar a suertes quién se comía el último trozo de queso y no han encontrado moneda con que hacerlo.

Luego se echó a la garganta un trago de ajiakr que fue a reunirse en su reventado estómago con el resto que llevaba bebido de todo el día¹.

•29•

Mi amadísima Olovka:

Te escribo desde el transporte que nos lleva al frente.

Me temo que dentro de muy poco dejarás de recibir mis cartas. Nuestro propósito es atravesar las posiciones enemigas y después comenzar nuestro viaje por las montañas del Norte hasta Serge. Va a ser una prueba durísima para la que no sé si estoy preparado. Dice Vervoék que en realidad nadie está preparado para caer en la máquina monstruosa de la guerra, pero que sin embargo miles de hombres y Demonios viven y sobre todo mueren en ella.

Cuando logremos atravesar —porque sé que lo lograremos— la vanguardia enemiga no podré enviarte cartas, estas cartas que me han mantenido vivo hasta hoy. ¿Cómo sobreviviré al otro lado de las Montañas Lunares? Tengo respuesta para esa pregunta: con amor. Con el amor que siento por ti y que me ayuda a sobrevivir. Si hay todavía calor en mis venas es por tu amor.

1. Huelga decir que en el camino de vuelta el soldado manteado incurrió de nuevo en sus lloriqueos insoportables. Sus compañeros le dieron de palos, le metieron en un saco de patatas cerrado con cuatro vueltas de cuerda y le echaron a un río helado donde se ahogó. Su novia se quedó esperándole.

Pienso en nuestro hijo, en el que viene. Cuando me falta confianza para acometer esta misión desesperada sólo tengo que pensar en él. En mi pequeño. Entonces vuelvo a tener fuerzas y determinación. Quiero que nuestro hijo nazca en un mundo en paz. Sin guerras, pobreza ni peligros.

En estos días he conocido de cerca lo mejor y lo peor de los hombres. Resulta curioso comprobar que las personas más heroicas tienen siempre un lado miserable. Que las personas más miserables tienen siempre un lado heroico. Así sucede con Vervoék. Es indudable que es un ser extraordinario, un hombre bueno a su manera. Está sujeto a un código de valores al que se ciñe de manera estricta y severa. Sin embargo, pienso que ha vivido demasiado tiempo en el ambiente embrutecedor de la guerra. Eso le convierte en un ser brutal e impulsivo, que resuelve los problemas sin molestarse en dialogar.

Pero bueno, te hablaba de la miseria, que convierte en héroes a todos los hombres y mujeres que he conocido en este tiempo. Héroes que realizan actos épicos para conseguir un trozo de pan. Pero que al mismo tiempo son capaces de cometer atrocidades inconcebibles por lo mismo.

Hace poco, por ejemplo, escuché que una madre ahogó a su propio bebé en una bañera porque no tenía qué darle de comer. Sentí horror, pero luego pensé: “¿Tengo derecho a juzgarla?” Luego pienso en nuestro pequeño o nuestra pequeña y la sola idea de no poder regalarle la vida que sueño para él me angustia hasta el punto de no dejarme dormir.

Vervoék me ha explicado hace un rato que en las aldeas las madres enseñan a los niños desde pequeños a cojear como si fueran mutilados. Lo hacen con la esperanza de que, cuando sean adolescentes, puedan escapar de las levas masivas que se llevan, año tras año, los jóvenes a la guerra. Algunas han llegado incluso a mutilar a sus propios bebés cortándoles dedos para que el ejército no se los arrebate el día en que sean mayores.

Ahora mismo un cerdo nos lleva hasta la primera línea de combate. El conductor dice que vamos de cabeza al infierno. El dorado ajiakr que bebemos de la botella me quema la salud, pero me da valor. A mi alrededor veo un paisaje espantoso, lleno de huesos humanos calcinados por el daagoon. Hay lenguas inmensas de tierra quemada por su llamarada. Hay grupos de soldados que van y vienen apoyando sus castigadas osamentas en las picas; casi invisibles, por lo delgado, bajo los cascos. Tienen rostros cenicientos; ojos jóvenes con mirada de anciano desahuciado.

PARTE I. EL FRENTE

Es ahora cuando empieza mi viaje de verdad. Es ahora cuando nuestras vidas corren un peligro mecánico y preciso. Pienso en ti, Olovka de mi alma, para poder enfrentarme al futuro. Tu nombre es la primera palabra que me viene a la boca en cuanto despierto aterido después de dormir a la intemperie.

No temas por mí. Te prometo que volveré. Nuestro pequeño tendrá un padre junto al que crecer. Y tú tendrás un marido amante hasta el fin de los días.

*Con amor,
Dedekáer.*

Después de leer la carta en voz alta, Koékervan la dejó en la mesilla de noche. Olovka había escuchado con mucha atención y lloraba quedas lágrimas. Hermosas lágrimas. Segregaciones de belleza en un cuerpo demasiado mimado por la naturaleza.

—Es un poeta tu marido —dijo Koékervan—. ¿Crees que lograron atravesar el frente? Esta carta ha tardado dos semanas en llegar a Sdtadtz. ¿No tienes curiosidad?

—¡Claro que tengo curiosidad! —protestó la muchacha dándole una patada a su compañero de gimnasia amorosa con el pie desnudo bajo la sábana.

—¿Quieres que te la lea otra vez? —preguntó él.

—Más tarde a lo mejor.

Koékervan acarició el vientre femenino que todavía no sugería los atributos del embarazo. Un vientre blanco y codiciable en cuya alma la vida florecía; un icono inmejorable de la fecundidad; un misterio de carne para el que la naturaleza no ha previsto respuesta ni explicación.

Y debajo, una sombra rubia que se pierde abultada en el vértice de las ingles. El cuerpo de Olovka era tan perfecto que sus ingles formaban un ángulo carnal de noventa grados.

El amante perfecto miraba como fascinado la barriga perfecta de Olovka. La besó con delicadeza perfecta. Con la delicadeza que pone un aficionado al arte cuando manipula una escultura cojonuda.

—¡Je! —se rió el joven— acabo de acordarme de que este de ahí dentro es hijo mío.

—¡Ja-ja-ja! ¡Es verdad! —exclamó Olovka— ¡Pero no olvides que eso es secreto! ¡Dedekáer será mucho mejor padre que tú!

—¿Por qué? —protestó él.

—¡Porque tú sirves mejor para otras cosas! ¡Cada uno a lo suyo!

Los dos se rieron y se hicieron cosquillas. Koékervan le practicó una sucustrupación que la hizo revolverse de gusto.

—¡Claro! —dijo él entre chupeteo y chupeteo— ¡Unos hacemos los hijos y otros los crían! ¡Ja-ja!

Ahora Olovka se acariciaba el vientre color de alba con gesto preocupado:

—¿Qué pasa? —dijo él.

—Pienso —dijo ella—. Mi cuerpo se estropeará. Ya no seré tan guapa.

—Bah, con un poco de ejercicio y una buena dieta. Conozco muchas madres que están como un tren. Da por hecho que tú serás una de ellas.

—¿En serio lo crees? —preguntó ella con una sonrisa pletórica de autoestima, autoconfianza y varias cosas más que empiezan por auto.

La carta del diplomático había llegado arrugada y tiznada de manchas a las manos de su esposa después de meses de viaje. Ahora descansaba en la mesita de noche mientras dos jóvenes deseantes y deseados se entregaban entre caricias al juego de la fugaz autorrealización mutua.

•30•

Cada paso que da el cerdo nos acerca un poco más a la muerte. Y no me gusta nada que sea un cerdo de cuatro metros el encargado de llevarme a la muerte.

Dedekáer escribe cartas a su mujer. El carro traquetea. Nieva de nuevo. Bueno, me pongo la capucha. Conforme nos acercamos al

teatro de operaciones, nuestro chófer ha perdido las ganas de hablar. Yo también. La negra atmósfera de este lugar nos deglute. Atravesamos una zona devastada. Veo aldeas incendiadas hasta sus cimientos. Veo montículos que identifico como fosas comunes. Veo los grandes esqueletos de cerdos de guerra asados por el daagoon.

Por lo demás, la nieve y la persistente bruma nos ocultan el mundo. Menos mal.

Bebo un par de tragos de ajiakr. Tengo miedo. El aguardiente de oro me reconforta a su manera. Una oración, una botella, un sueño. Cada uno busca donde puede sus asideros en esta vida. Yo me conformo con este líquido ardiente que tiene la milagrosa propiedad de ayudarme a olvidar.

Dedekáer escribe y escribe. Veo amor, dulce amor en sus ojos. En la furia febril y quebrada que pone en su caligrafía.

Me gusta mirarle a veces. El amigo diplomático podría pasar por un idiota en ciertos contextos. Sin embargo empiezo a pensar que la indecisión de sus ojos, su permanente gesto de vulnerabilidad es una fachada natural. Dedekáer tiene el don. Lo vi el otro día cuando consiguió que aquella mierda humana apartara el machete de su cuello. La gente confía en él. Hasta yo confiaría en él si no fuera porque sé que todos llevamos dentro al peor de los hijos de puta.

Hablando de eso, a veces me divierto preguntándome cómo serían esos ciudadanos cultos, bondadosos y refinados de Sdtadtz si la guerra les pillara. Estoy seguro de que sus remilgos de interculturalidad y todo eso caerían en el olvido bien rápido. El mismo señor que hoy te cede el paso educadamente en el puesto del mercado podría, de haber vivido en otras circunstancias, haberte hecho comer tus propios intestinos, tal como yo he tenido el honor de presenciar.

Más ajiakr, gracias. Ah, qué necesidad puedo llegar a tener de ella. Ya distingo el campamento a lo lejos. Negras tiendas bajo la nieve persistente. Otra vez aquí. Oh, maldición. Otra vez me pilla el amanecer en la gran úlcera, en la implacable mutilación del mundo.

Los soldados, lejanos como piezas de un ejército de plomo, ensayan la falange. Allá van y vienen con sus yelmos, lanzas y escudos. Dedekáer ha terminado su carta. Mira embobado en todas direcciones. Ante nosotros se extiende el mayor cementerio del mundo. Nos da la bienvenida con su olor a genérica carne quemada. Es curioso.

Humanos y Demonios llevamos tantos años prendiéndonos fuego unos a otros que el olor persiste en el paisaje con la misma naturalidad implacable que el del salitre en el mar.

De un golpe de vista comprendo que las cosas han empeorado desde mi ausencia. Es una percepción ambiental. Todo parece más provisional, más desmantelado. Ahora que nos cruzamos con los primeros grupos de soldados, me parecen más viejos, flacos y locos que antes. Siempre yendo y no siempre volviendo del campo de batalla. De esos dos kilómetros horripilantes que Dedekáer y yo debemos cruzar si queremos alcanzar el Norte, tras las Montañas Lunares. Dos kilómetros que separan a humanos de Demonios. ¿Cómo pasaremos? Sólo se me ocurre un modo. Y sólo de pensarlo lo que me queda de corazón se estremece de culpa.

Vaya. Algunos soldados me reconocen. Me saludan y se avisan entre ellos.

—¡Es Verkoék! ¡El Puñal de Ü ha vuelto!

Les devuelvo una sonrisa cansada. Siguen viendo un héroe en mí. Okay, tal vez lo sea. Soy un héroe. Un héroe carente de dignidad. Un héroe que nunca ha podido tener una vida como la que cualquier humano merece. Un héroe que no puede dormir si no fuma ciertas sustancias para alejar los carruseles de intestinos y rostros sin vida que circulan por sus pesadillas. Un héroe con un bagaje emotivo tan desastroso que haría perder la vocación a cualquier psicólogo.

Pero bueno. Así de maltrecho y acabado como me siento a ratos, cruzaré el frente y traeré de vuelta la Mano de Ü para que los humanos sobrevivan y puedan seguir matándose, engañándose, manipulándose, utilizándose, traicionándose e incluso amándose.

Al fin y al cabo, el mundo, con épica o sin ella, siempre ha sido una gran casa de putas.

Esos bichos unicelulares que se ven en los microscopios no sabían la que iban a liar cuando decidieron asociarse en vez de ir por libre.